

ALIENÍGENAS IV

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
¿IMPORTA UNA MOSCA?	3
INTERÉS CIENTÍFICO	9
INCENDIARIOS	13
MANJAR DE DIOSES	16
¡ATENCIÓN, OVNIS!	30
CONTACTO ALIENÍGENA	33
FINAL IMPREVISTO	37
AD ASTRA	38
CARAMBOLA	41
ENCUENTRO ¿EN LA TERCERA FASE?	52

PRESENTACIÓN

Uno de los tópicos más comunes de la ciencia ficción es el del encuentro -y en muchas ocasiones choque- de la humanidad con civilizaciones extraterrestres, o alienígenas tal como se dice ahora.

Como cabía esperar yo no me podía sustraer a esta tentación, por lo que un número relativamente elevado de mis relatos abordan precisamente esta temática... aunque siempre, eso sí, dándoles mi toque personal, en ocasiones humorístico e incluso mordaz. Porque las cosas no siempre tienen que ser necesariamente tal como nosotros las esperábamos.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he repartido en cuatro volúmenes, siendo éste el cuarto.

José Carlos Canalda

¿IMPORTA UNA MOSCA?

La Tierra, agotada, había dicho basta. La totalidad de la comunidad científica fue unánime en afirmar que los días de nuestro planeta estaban contados y era inminente una catástrofe a nivel planetario que acabaría con la totalidad la vida en ella.

Olvidadas quedaron, por irrelevantes, las eternas discusiones bizantinas sobre si las causas de la hecatombe eran de índole natural o si, por el contrario, había sido la propia humanidad quien destruyera su hogar con su insensato e insostenible modo de vida; a esas alturas poco importaba buscar posibles culpables frente a la inmediatez del armagedón.

La existencia de la humanidad en la Tierra estaba sentenciada sin remedio. Pero el homo sapiens, capaz de los mayores desmanes, era asimismo extremadamente hábil cuando las circunstancias lo requerían... y en esta ocasión, enfrentada a una inexorable extinción, sacó fuerzas de la flaqueza volcando todos sus esfuerzos en un intento desesperado por eludir a la ominosa sentencia de muerte.

No resultaría fácil. La salvación se encontraba no sólo fuera de la Tierra sino también del Sistema Solar, ya que la habitabilidad de algunos astros como la Luna, Marte, Europa o Titán resultaba tan problemática que ni siquiera fue considerada. Así pues, se eligió como nuevo mundo -esta vez de manera literal- a uno de los planetas que orbitaban en el complejo sistema estelar triple de la vecina Alfa Centauro, al cual los avances de la astronomía habían permitido catalogar como apto para la vida. Sin duda resultaría un esfuerzo titánico, ya que no sólo tendrían que domeñar un planeta virgen -al menos eso se esperaba- sino también luchar contra una ecología presumiblemente hostil que con toda probabilidad resultaría incompatible con el metabolismo de los seres terrestres.

Pero ésta era la única carta de la que disponía la doliente humanidad, razón por la cual se aferraron a ella con la desesperación de un naufrago. La tecnología había avanzado lo suficiente para construir un número suficiente de naves arca con capacidad para albergar en su seno a la totalidad de la población, muy mermada respecto a su máximo histórico por los sucesivos desastres de todo tipo que se había visto forzada a padecer.

Según los cálculos de los expertos habría tiempo suficiente para tenerlas todas listas para la gran migración antes de que se produjera el colapso definitivo, siempre y cuando se volcaran en su construcción sin el menor descanso ni el menor desfallecimiento, pues el tiempo apremiaba.

El viaje resultaría largo ya que todavía no se habían logrado desentrañar las claves del viaje supralumínico, razón por la cual la flota de evacuación, aun llegando a alcanzar en el punto de máxima aceleración una velocidad equivalente a una fracción significativa de la de la luz, tardaría alrededor de cuarenta años en alcanzar su destino, tiempo que alguien se

apresuró a comparar, nunca se supo si en serio o no, con la travesía del desierto de los israelitas bíblicos. Aunque, comparaciones aparte, era evidente que al igual que Moisés no todos los que partieran de la Tierra llegarían a su destino, ni muchos de los que lo alcanzaran habrían llegado a conocer la cuna de la humanidad.

Tras una febril carrera contrarreloj la flota espacial pudo ser terminada a tiempo, iniciándose la azarosa migración en masa que no por casualidad fue bautizada como Operación Noé. Miles de enormes astronaves, las mayores que se hubieran construido jamás, se convirtieron en mundos en miniatura capaces de albergar y mantener con vida a sus ocupantes durante las cuatro décadas que tardarían en surcar el vasto desierto cósmico que les separaba de Alfa Centauro. Una vez que la totalidad de la humanidad fue evacuada, sus forzados ocupantes se despidieron para siempre del sentenciado planeta centrando sus esperanzas en la nueva patria que les aguardaba a 4,3 años luz de distancia. La odisea había comenzado.

* * *

-¿Y dice usted que le salieron al paso miles de pequeños... objetos que se estrellaron contra su carguero sin que pudiera hacer nada por evitarlos?

-Así fue -respondió el gigantesco piloto, que mediría al menos un kilómetro sin contar los tentáculos cefálicos y caudales, al tiempo que los cromatóforos de su piel pulsaban cambiando de color de forma descoordinada, muestra palpable de su nerviosismo-. Yo navegaba por el canal de la sideropista 177 que me había asignado Control de Tráfico, a la velocidad prescrita para el tramo en el que ocurrió el percance, justo a mitad de camino entre la enana amarilla KJ75 ρ BB02 ϕ RI18 θ y el sistema triple AA17 ρ CX55 ϕ MV θ 1. De repente tropecé con un enjambre de cosas minúsculas... no sé como definir las, que cruzaban por medio de la sideropista a una velocidad sublumínica. Prácticamente estaban paradas en relación al carguero, pero ni ellas fueron capaces de evitarlo ni yo pude esquivarlas, fue todo demasiado rápido; se estamparon de lleno contra el fuselaje de proa, como habrán podido comprobar los técnicos de su departamento. Lo único que pude hacer fue avisar por hiperradio a Control para que advirtiera a las naves que en esos momentos atravesaban ese tramo de la sideropista, por si acaso ellos tropezaban también con otro enjambre, y dirigirme aquí para dar parte de lo ocurrido.

-Hum... sí, todo eso es cierto, hemos comprobado los registros y concuerdan con lo que usted afirma -respondió el policía echando un vistazo distraído con los ojos traseros al holograma que flotaba tras él.

-¿Entonces? -preguntó esperanzado el piloto-. ¿Puedo irme ya? Yo no he cometido ninguna infracción...

¹ Las coordenadas cósmicas originales han sido transformadas a coordenadas esféricas con origen en el centro de la Vía Láctea para facilitar la comprensión de los lectores.

-No, no la ha cometido -le tranquilizó su interlocutor-. El problema es otro, y aunque usted no sea responsable sí está sujeto a los dictámenes de la comisión de investigación; no como imputado, sino como testigo. Pero lamento comunicarle que por el momento no podrá irse y el carguero quedará retenido hasta que los técnicos terminen la inspección y, en su caso, decidan interrogarle si no les parece suficiente su declaración jurada. No se preocupe, se le resarcirán todos los gastos y los perjuicios que le origine este lamentable incidente, pero por el momento tendrá que esperar. Le hemos habilitado un alojamiento en la base, por lo que le ruego que no vuelva a su nave hasta que no sea avisado.

-¡Pero yo soy un transportista autónomo! -gimió el conductor abatiendo la totalidad de los tentáculos al tiempo que su piel adoptaba un lóbrego color ceniza-. Si no entrego la carga a tiempo me penalizarán.

-No lo harán, no se preocupe por eso. Se ha avisado a los consignatarios del flete, y a ellos también se les indemnizará si fuera necesario. No obstante, no creo que la investigación se alargue demasiado; una vez que hayan recogido todos los restos que salpican el fuselaje y, quizá, le hagan a usted algunas preguntas, podrá marchar sin problemas; pero no antes -sentenció.

-¿A qué se deben tantas precauciones? Nunca me había ocurrido nada similar, y tampoco sé que le haya pasado a nadie.

-¿Sabe usted cuál era la naturaleza de los objetos que se estrellaron contra su carguero? -respondió a su vez con otra pregunta el director de la base policial emitiendo lo que en su especie era el equivalente a un *suspiro*.

-No -respondió sorprendido el piloto-. Nunca había visto nada similar, y tampoco tuve tiempo de comprobarlo ya que vine aquí directamente. Sólo pude entrever, en aquéllos que se estamparon contra el visor frontal, que parecían ser objetos metálicos huecos que contenían algo blando en su interior.

-Eran colonias. Colonias de animáculos que viajaban en unos toscos caparazones, probablemente rudimentarios hábitats construidos por ellos mismos. Y no se deje engañar por su pequeño tamaño, en cada uno de estos vehículos viajaban millones de minúsculos seres vivos.

-Lo siento, pero no entiendo qué puede tener esto que ver con la retención, perdón, quería decir investigación, de mi nave y de mí mismo.

-El problema estriba en el origen de estos vehículos -respondió el policía rascándose distraídamente la protuberancia apical con un tentáculo-. Al parecer procedían de un planeta del sistema KJ75ρ BB02φ RI18θ y se dirigían a AA17ρ CX55φ MVθ cuando, probablemente por desconocimiento, irrumpieron en la sideropista siendo arrollados por su carguero; puede tranquilizarse, no fue culpa suya y de no haber sido usted habría sido otro,

para su desgracia tropezaron en su camino con una de las rutas de más denso tráfico de todo el subsector galáctico.

-Si ya saben quienes eran y a donde iban, ¿a qué tanta complicación? -se atrevió a objetar el camionero galáctico.

-Por desgracia no es tan sencillo -volvió a *suspirar* el policía-. Posiblemente desconocerá que KJ75ρ BB02φ RI18θ es un parque natural con protección integral de la flora y la fauna del tercero de sus planetas. Según los galactobiólogos presentaba unas peculiaridades interesantes y prácticamente únicas en la galaxia, por lo que recomendaron su aislamiento para preservarlo de cualquier posible perjuicio. Si le he de ser sincero no llego a comprender la importancia que pudieran tener unos bichejos que apenas alcanzaban, en la especie dominante, un nivel de inteligencia dos... pero yo soy policía, no científico ni político.

Hizo una pausa que aprovechó para levitar adoptando una postura más cómoda y prosiguió:

-En su refugio estaban seguros, aunque en su momento no faltaron voces denunciando la peligrosidad de que la sideropista pasara tan cerca de su estrella, apenas a unas décimas de frotz de la nube cometaria del sistema, pero resultaba complicado y costoso desviarla dado que éste era el único paso posible entre los pozos gravitatorios que bordean la zona sin tener que desviar ningún agujero negro; así pues, se mantuvo el trazado. Durante mucho tiempo no hubo ningún problema, pero por desgracia se entrecruzaron dos.

-¿Qué ocurrió? -a su pesar, el prosaico camionero había acabado por interesarse.

-El primero fue la aparición de una grave perturbación geológica en el planeta que amenazaba con extinguir a la totalidad de la vida existente en él en un plazo de tiempo relativamente breve. Ya se habían adoptado medidas para controlarla y, si no era posible evitarla, proceder a la captura y evacuación de un número suficiente de especímenes con el que poder perpetuar la especie en un planeta refugio especialmente habilitado para ella. Incluso se contemplaba, más a largo plazo, la posibilidad de devolverlos a su planeta nativo una vez que éste hubiera sido rehabilitado tras el colapso. Pero en el momento más inoportuno surgió un segundo problema que desbarató todo.

Tras una nueva pausa más teatral que la anterior, acompañada en esta ocasión por una encendida secuencia cromática inusual en un comedido agente policial, añadió:

-Los culpables fueron los propios bichitos. Nadie en el departamento de Conservación de la Fauna Salvaje había previsto que, pese a lo rudimentario de su inteligencia, fueran capaces de construir unos vehículos en los que embarcaron a la totalidad de su población, o al menos a una parte importante de ella, encaminándose al sistema solar más cercano con estrellas similares a la suya, cabe suponer que pretendiendo establecerse allí ante la

amenaza de destrucción de su hábitat. Se trata de una iniciativa tan singular y tan inesperada que sorprendió a todos los investigadores, aunque lamentablemente el trágico fin de su flota, del que insisto no tiene usted la menor responsabilidad, ha truncado no sólo su existencia, sino también la posibilidad de estudiar en detalle sus sorprendentes capacidades de adaptación. Es una lástima.

-Puede que el choque con mi nave provocara la destrucción de muchas de sus naves y la muerte de todos sus ocupantes -objetó el piloto intentando librarse de su responsabilidad moral, aunque ésta hubiera sido totalmente involuntaria-. Cabe suponer que alguna de sus naves se salvara, se me hace difícil creer que absolutamente todas se perdieran.

-Ésa era la esperanza de los galactobiólogos, que están rastreando la zona mientras sus compañeros se dedican a recuperar los restos estampados en el casco de su nave; pero por lo que he podido averiguar tienen pocas esperanzas de encontrar supervivientes, ya que sus minúsculas naves marchaban en formación cerrada y fueron barridas literalmente por el carguero. Otro grupo se ha desplazado a su planeta de origen en busca de posibles especímenes que no hubieran sido evacuados, aunque los primeros resultados al parecer también han sido infructuosos. Lo más probable es que en la flota destruida viajara la totalidad de su población y que toda ella murieran tras el impacto, pero los científicos son más tozudos que yo y siguen sin dar su tentáculo a torcer.

-Mientras no me retengan más de lo estrictamente necesario...

-De eso me encargo yo; tenga en cuenta que todos los gastos derivados de su retraso serán asumidos por mi departamento, por lo que estoy tan interesado como usted en que esto se resuelva lo antes posible.

-Lo que no entiendo -insistió el piloto- es a qué viene tanto interés por unos insignificantes bichos; como si no hubiera suficientes de ellos repartidos por todo el volumen de la galaxia. ¿Acaso alguien va a echar de menos la extinción de una de estas especies inferiores que ni siquiera sabía hasta ahora que existiera?

-Así entre nosotros he de darle la razón, aunque como comprenderá dado mi cargo no puedo desmarcarme de la postura oficial que, guste o no, apoya a los galactobiólogos. Por lo tanto -sonrió el agente- me vería obligado a negar en público esta confidencia, razón por la que le ruego discreción. Pero no se preocupe, fuera de estos científicos y de cuatro atolondrados galactologistas no creo que a nadie le importe un cilio la suerte de estos pobres animalitos, esto no tiene nada que ver con los mediáticos movimientos en defensa de los cuones de Xjrrtpur o los jitópteros de Zxlaambaar, que dicho sea de paso a mí me parecen bastante repulsivos por muy en peligro de extinción que estén. A unas malas, conservarán suficiente material genético para reconstruir la especie y ubicarla donde mejor les parezca, aunque claro está tendrán que partir de cero en lo que respecta a sus pautas

sociales dado que será imposible recuperarlas; algo que, dicho sea de paso, tampoco creo que valiera gran cosa.

Levantándose de su nicho de reposo y asiéndole amistosamente por el tentáculo, el policía zanjó:

-Pero ya está bien de peroratas. Le invito a tomar un chrrrrtut con mrrritts en la cantina; le enviaré un ordenanza para que le muestre su alojamiento provisional y espero que efímero. Si necesitara algo, no tiene más que pedirlo. ¡Cuántas molestias por tan poca cosa!

INTERÉS CIENTÍFICO

Siempre que tenía que recurrir al Servicio de Supervisión de Fauna Alienígena le entraban temblores en los tentáculos. Después de tantos milenios de desarrollo tecnológico y de haberse expandido por un sector importante de la galaxia, razonaba Wpt+q6, la pzungtydad seguía siendo víctima de la ominosa lacra de la burocracia, de modo que hasta el más simple -en teoría- trámite se convertía en una exasperante tortura en la que el monstruo burocrático, al que él imaginaba a modo de hidra erizada de tentáculos ponzoñosos que se regeneraban conforme eran cortados, solía alzarse con el triunfo final.

En fin, se resignó invaginando los pedúnculos ópticos en un gesto de forzada conformidad; no le quedaba otro remedio que afrontar el duro trago, todo fuera por el bien de la ciencia.

Pero la suerte estaba empeñada en jugar en contra suya. Para su desgracia, constató desolado que le había tocado enfrentarse con el imbécil de Krsx#87, con diferencia el más obtuso de todos los funcionarios de su departamento, del cual siempre se había preguntado como habría sido capaz de aprobar la oposición cuando ni siquiera sabía donde tenía el tentáculo ventral delantero; a saber quién le habría enchufado. El cual, como buen mediocre que era, había desarrollado una notable habilidad para camuflar su incompetencia bajo los tortuosos e insondables meandros de las más sutiles trampas burocráticas, alcanzando fama de ser capaz de exasperar al más aplomado de sus interlocutores.

Era lo que había, por lo que forzando los cromóforos adoptó el color de una modesta, pero no servil, apariencia conciliadora. De poco habría de servirle, temía, ante semejante mastuerzo, pero no le quedaba otra solución para sacar adelante su petición. Que fuera lo que el Creador del Universo quisiera.

Krsx#87 estuvo a la altura de su fama, pero quizá por haberse cobrado en el desdichado que le precedió -el fúnebre tinte ceniza de su piel cuando abandonó el despacho cruzando la sala de espera era todo un poema- la cuota diaria de reafirmación de su ego, le atendió casi con amabilidad conforme a lo que era de esperar de semejante virtuoso del entorpecimiento. Bien, se animó Wpt+q6, quizá no estuviera todo perdido.

Tras los inevitables prolegómenos retóricos -como si a él le interesara lo más mínimo el resultado del último partido de trijuego, menos mal que por suerte había visto el titular con el resultado-, Wpt+q6 fue al grano: Necesitaba la cesión temporal de una larva de la especie dominante del sistema KJ75p BB02φ RI18θ, una miserable estrella amarilla del Límite declarada, sin que se supiera en base a qué, paraje protegido y por consiguiente tutelada por el Servicio de Supervisión de Fauna Alienígena.

Wpt+q6 era investigador de grado 3+, lo que le autorizaba el acceso a especímenes protointeligentes de mundos tutelados siempre que lo justificara en las memorias de sus proyectos de investigación... en teoría. Era evidente que el legislador no había tenido en cuenta la habilidad burocrática para ejercer una eficaz labor de zapa en lo que debería ser un simple trámite administrativo, entorpeciendo con fruición e incluso imposibilitando el trabajo de los profesionales. Corrían incluso rumores de que entre el personal del departamento se cruzaban apuestas sobre cual de ellos lograría un bloqueo más eficaz, algo que evidentemente negaban los responsables del mismo. En cualquier caso, no le quedaba otro remedio que someterse a la ordalía.

-¿Me podría explicar usted por qué razón desea que le sea cedida una larva? -fue la primera barrera levantada por su antagonista; no sería la última.

-Lo he explicado en la solicitud -respondió Wpt+q6 conteniendo a duras penas su irritación-. Deseo estudiar cual puede ser su evolución mental una vez neutralizado temporalmente el efecto de los inhibidores neuronales a los que está sometida su especie.

-Sí, eso ya lo he leído -el tono telepático de Krsx#87 subió un punto en la escala de la impertinencia-. Pero como usted seguro no ignora, estos seres están sometidos a inhibición neuronal, con carácter indefinido, dada su potencial peligrosidad para el resto de la flora y la fauna del planeta, e incluso quizás de los sistemas cercanos, en caso de que se les permitiera evolucionar libremente; por fortuna llegamos a tiempo antes de que pudieran causar un daño irreparable, y aun con estas inhibiciones siguen dañando su medio ambiente y dañándose ellos mismos de una manera significativa. No se conoce un caso similar en toda la galaxia, por lo que resulta prudente mantenerlos controlados.

-Pero las larvas...

-Por cierto -fintó el burócrata-, en realidad no son larvas, sino animales adultos perfectamente capacitados para reproducirse sin que medie metamorfosis alguna. Los denominamos así por analogía, ya que se mantienen artificialmente en un estado embrionario en lo que respecta a la maduración de su cerebro.

Qué tendría que ver esa matización semántica, innecesaria por completo puesto que él lo sabía de sobra y el tuercentáculos sabía que él lo sabía; pero salirse por los asteroides de UB-da37 era uno de los juegos favoritos de estos individuos. Era importante no caer en su trampa, pero para ello iba a precisar dosis extras de paciencia.

-El nombre con el que los denominemos poco importa -telepateó reprimiendo a duras penas el conato de rebelión de sus cromatóforos-. Lo que yo solicito es que se me permita suspender temporalmente la inhibición sobre un espécimen elegido al azar... bueno, exactamente al azar no, tendría que ser alguno representativo de la especie, para estudiar selectivamente su evolución en relación con un grupo de referencia que utilizaré como

contraste. Como usted comprenderá, un individuo único poco podría influir en el devenir de su especie, y además su período vital es extremadamente corto; pero su estudio en condiciones controladas podrá aportar información útil para comprenderlos mejor. Hay quien afirma -recurrió a su baza oculta- que una exposición suficientemente prolongada a los inhibidores neuronales acabaría generando inmunidad en una fracción significativa de la población, con el consiguiente riesgo para ellos mismos, para su planeta e incluso para nosotros. Conociendo estos efectos secundarios siempre se podrán arbitrar las medidas necesarias para evitarlos.

-Si eso que usted afirma temer ocurriera, intervendríamos.

-¿Cómo? ¿Aplicando una eutanasia parcial o incluso general? Eso no funcionaría dada su increíble tasa de reproducción, sin contar con que las asociaciones ecologistas y animalistas se les echarían encima y el prestigio del Servicio de Supervisión de Fauna Alienígena -deliberadamente desgranó el nombre completo- quedaría seriamente dañado. Recuerde lo que ocurrió en Oorphu-XXIII hace tres centones. Eso sin contar con las presiones por parte del cartel de las constructoras para obtener la licencia de construcción de una sideropista por las proximidades del sistema, algo que el Servicio lleva bloqueando desde hace tiempo; habrían puesto en sus tentáculos la excusa perfecta.

Artillería pesada y sin contemplaciones, así era la guerra. El burócrata se rascó pensativo el cuarto pedúnculo ocular con uno de los tentáculos cefálicos sin poder ocultar completamente su desorientación, aunque hubo de reconocerle su flema al mantener impoluto el aséptico color blanco marfil característico de su gremio.

-Veo que aporta todos los permisos solicitados... -por supuesto, ¿qué se creía el botarate?- e incluso cuenta con el aval del Director General de Medio Ambiente Galáctico - a juzgar por su tono de reproche eso debía haberle escocado, se regocijó-. Está bien -una leve irisación recorrió la epidermis de su interlocutor como prueba de su embarazo-, yo puedo cursar el expediente con calificación favorable, pero su aprobación o su denegación definitivas no depende de mí, sino de mis superiores.

Era más que suficiente. De sobra sabía Wpt+q6 que los altos cargos no se molestaban en revisar los expedientes que les remitían sus subordinados, limitándose a aprobarlos o a denegarlos según fuera la valoración previa de éstos. Había ganado, y contra todos los pronósticos la competición había sido breve y relativamente incruenta. Sus colegas se iban a poner verdes -literalmente- de envidia cuando se enteraran... y por supuesto que se iban a enterar.

El resto salió rodado. Consiguió el permiso y, tras aceptar formulariamente todas las condiciones sin molestarse en leerlas, procedió a poner en marcha su experimento. Seleccionó al azar a un espécimen que no se había significado por nada especial en su

sociedad, le inculcó el antídoto del inhibidor neuronal y procedió a hacer un seguimiento de su evolución en estado libre.

* * *

Poco después, según la escala temporal pzunty, un antiguo cabo del ejército alemán, de origen austríaco y frustrado pintor que hasta entonces no había destacado en ninguna faceta de su vida, se convertía en el Führer del nuevo Reich alemán. El resto es historia.

INCENDIARIOS

EL ECO DE LA GALAXIA

De nuestro corresponsal en el Sector III.

Según una nota emitida por los servicios de prensa del gobierno regional del Sector III, la repentina fulguración que sufrió una estrella amarilla perteneciente al parque natural del filamento Spaan habría sido provocada. Como ya informó este periódico, a los astrónomos les había sorprendido que una estrella cuya actividad era estable, y previsiblemente lo seguiría siendo durante al menos otros veinte ciclos galácticos, experimentara una inesperada transformación en novoide tras la cual recuperó su equilibrio habitual, al no ser éste el comportamiento normal de las estrellas de estas características.

Se sabe ahora que la perturbación de sus procesos termonucleares se debió no a causas naturales, sino al negligente comportamiento de la tripulación de un carguero, cuyo nombre y matrícula no han sido hechos públicos, que contraviniendo las normas de seguridad se habría desviado de la galactoaautopista internándose en el parque natural Spaan, pese a tratarse de una zona de tránsito restringido totalmente prohibida para la navegación comercial.

El carguero, al parecer de la clase Ultra y por lo tanto uno de los de mayor tamaño existentes en el mercado, no sólo se habría aproximado temerariamente a la estrella catalogada como JDF#78*90BBD€%U8, sino que en sus cercanías presuntamente habría procedido a vaciar los depósitos de residuos de los reactores eyectando una importante cantidad de antimateria al espacio la cual, al caer sobre la estrella, provocó su inmediata fulguración. Recordamos a nuestros lectores que la limpieza incontrolada de los residuos de fusión está absolutamente prohibida salvo en las estaciones de reciclaje autorizadas, lo que no evita que algunos armadores desaprensivos inciten a sus tripulaciones a verter los residuos en algún lugar retirado del espacio con objeto de ahorrarse el coste del proceso.

Éste parece ser el caso de JDF#78*90BBD€%U8, aunque en esta ocasión no pasaron desapercibidos ya que el carguero fue detectado infraganti por las patrulleras de vigilancia del parque natural, las cuales procedieron a su detención y traslado a la base policial de Khultirp, a cuya jurisdicción pertenece la estrella afectada. Tal como informa la citada fuente, tras ser interrogados por la policía los miembros de la tripulación pasaron a disposición judicial, quedando retenido el carguero hasta nueva orden. El juez de guardia decretó prisión preventiva para el capitán, el primer oficial y el piloto, dejando en libertad al resto de la dotación bajo la prohibición de abandonar Khultirp salvo autorización expresa, debiendo presentarse en el juzgado en caso de ser requeridos por el juez.

Asimismo el gobierno regional ha incoado un expediente informativo a la naviera por si ésta hubiera incurrido en algún tipo de responsabilidad en el incidente.

Como era de temer, aunque JDF#78*90BBDE%U8 ha vuelto a la normalidad y los astrónomos han dado por concluida la crisis, su sistema planetario resultó afectado por el estallido, sobre todo los planetas interiores que han sufrido importantes daños. Principalmente preocupante es la situación en que ha quedado el tercero de ellos y único provisto de vida autóctona, ya que pese a la breve duración de la fulguración su frágil ecología experimentó grandes destrozos perdiéndose buena parte de su rico ecosistema.

Son numerosas las especies animales y vegetales que se teme hayan desaparecido de forma irreversible, aunque los técnicos medioambientales han asegurado que restaurarán todo lo posible de la fauna y la flora anteriores al desastre e intentarán recuperar cuanto material genético puedan de cara a reconstruir las especies perdidas. Por fortuna ninguna de ellas era preinteligente, ya que de haberla habido el presunto delito tendría carácter federal y por lo tanto la acusación sería mucho más grave al acarrear la pérdida de un miembro potencial de la comunidad galáctica.

Otro factor a tener en cuenta es que este planeta cuenta con vestigios fósiles que prueban la existencia de varios episodios de extinciones masivas a lo largo de su vida geológica, por lo que tampoco se ha tratado de un fenómeno singular sino de uno más de los periódicos procesos de reelaboración biológica que tuvieron como consecuencia un nuevo resurgir de la vida siguiendo caminos probablemente más eficientes que los anteriores, afirmando los técnicos que pasado cierto tiempo la vida recuperará su pasado esplendor aunque sea bajo unos parámetros diferentes a los anteriores a la catástrofe.

Lo verdaderamente lamentable es que en esta ocasión la causa que ha provocado la extinción masiva no ha sido natural como en los casos anteriores, sino provocada por una injustificable negligencia y, por lo tanto, evitable. Por esta razón, requerimos a las autoridades la aplicación de la ley en todo su rigor como modo de evitar futuras repeticiones de estas reprobables, incívicas e ilegales prácticas que tanto perjuicio son capaces de causar. Porque si bien en esta ocasión el daño, aunque importante, ha sido relativamente limitado y subsanable a medio plazo, cabe imaginar que en el futuro pudiera ocurrir en zonas más valiosas de la galaxia, con las previsibles consecuencias negativas. Hora es ya de acabar con estos delitos ecológicos que tan poco dicen de la conducta civilizada y respetuosa con su entorno de la inmensa mayoría de la población galáctica.

* * *

Año 2***. La Tierra, calcinada en su totalidad, apenas alberga unos precarios vestigios de vida. Tanto los animales superiores como la inmensa mayoría de las plantas han desaparecido de forma irreversible, pero todavía quedan suficientes seres primitivos, aunque no se trate más que de invertebrados, para garantizar una nueva explosión de vida

tal como sucediera en el pasado. Quizá incluso pasado suficiente tiempo vuelva a surgir una especie émula de la extinta humanidad que deberá partir de cero y, probablemente, nunca llegará a saber que ellos no fueron los primeros en dominar el planeta.

MANJAR DE DIOSES

La inesperada invitación de mi antiguo amigo Spurr para que visitara su granja me suscitó sensaciones encontradas. Por un lado me alegraba su triunfo como empresario, que le había llevado a gestionar una de las principales compañías de elaboración y venta de alimentos ultraestelares, pero por otro no puedo decir que me apeteciera ver a esos inocentes animales cuyo destino no era otro que el sacrificio y el despiece para deleite de nuestros paladares.

Conste que yo soy el primero en degustar con placer estas *delicatessen* gastronómicas, y por supuesto nada tengo que ver con los exaltados que rechazan comer alimentos obtenidos de seres sintientes -como si fuéramos autótrofos- procedentes de otros planetas ¡e incluso del nuestro!, ni con aquéllos no menos radicales empeñados en denunciar la presunta explotación de los recursos naturales de otros mundos menos agotados que los de Xilio; pero si bien no siento el menor escrúpulo a la hora de comer alimentos elaborados a partir de ingredientes de origen alógeno -en realidad lo único que me frena es su elevado precio-, prefiero no pensar, ni mucho menos ver, en sus precedentes vivos con independencia de que su naturaleza sea animal, vegetal o cualquier otro posible estado intermedio.

Spurr había iniciado su carrera empresarial con un modesto negocio de importación y venta de productos exóticos, especializándose en los alimentos y sus derivados a raíz del descubrimiento del Mundo de Joor que, como es sabido, facilitó la llegada de un importante flujo de carne procedente de los excedentes de población animal que fue preciso erradicar para poder recuperar el equilibrio ecológico del planeta, gravemente alterado por el desaforado crecimiento demográfico de la especie dominante, aunque pronto pasó a criarlos en Xilio con éxito.

Justo esto era lo que quería enseñarme. Finalmente accedí, al fin y al cabo yo también tenía curiosidad, con la condición de visitar los criaderos y las naves de engorde pero no el matadero ni la sala de despiece; no soy remilgado, pero hay espectáculos que no me atraen en absoluto. Él se rió de mis escrúpulos, pero accedió a ello. Así pues, el día convenido fue a buscarme personalmente a mi modesta residencia -los profesores no nos hacemos ricos trabajando- en su flamante deslizador deportivo conducido por él mismo.

-Me alegra que finalmente hayas aceptado venir -fue su cordial saludo-, te aseguro que me encuentro mucho más a gusto contigo que con toda esa camarilla de aduladores agobiándome continuamente. Por cínico que te pueda parecer, envidio tu vida tranquila.

Estoy convencido de que no era consciente de los inconvenientes de la profesión docente, pero entendí lo que quería decirme y estuve de acuerdo con él. Desde luego no me atraía su vertiginoso ritmo de vida ni siquiera a cambio de todos sus millones.

El viaje hasta su factoría no fue largo, principalmente porque su lujoso deslizador disfrutaba de un permiso especial que le permitía utilizar pasillos aéreos reservados que estaban cerrados para el común de los mortales, condenados a padecer los inconvenientes de los habituales atascos. Mientras volábamos conectó el piloto automático pese a que, según me dijo, habitualmente conducía en manual, y estuvimos rememorando nuestros viejos tiempos de estudiantes cuando ambos estábamos lejos de sospechar lo que nos depararía el destino y la manera en que divergieron nuestras respectivas carreras profesionales. Aunque la relación se fue debilitando con el paso del tiempo a causa de nuestros dispares caminos, siempre se mantuvo latente nuestra antigua y franca amistad pese a que fueran tan pocas las ocasiones que tuvimos para ejercerla antes de que nuestros contactos acabaran diluyéndose hasta desaparecer por completo.

-Lamento sinceramente haberte tenido tan abandonado durante estas últimas órbitas - se justificó innecesariamente cuando estábamos llegando a nuestro destino-, pero créeme que no ha sido por voluntad, o mejor dicho por falta de voluntad mía; la gestión de mis negocios me ha tenido tan absorbido que apenas he podido atender a mi vida personal. Ahora que tanto la granja como la planta transformadora y la filial de distribución están más asentadas espero poder dedicarme algo más a mí mismo... y a recuperar mis antiguas amistades -concluyó enfático.

Le respondí que me alegraba y que contara conmigo, pese a que en realidad era bastante escéptico sobre el futuro de nuestra relación de amistad, dado que la distancia que nos separaba era inmensa en todos los sentidos; no obstante apreciaba y agradecía su gesto con independencia de que estuviera convencido de que lo más probable sería que la iniciativa no tuviera continuidad más allá de algún que otro gesto formal.

El aterrizaje del deslizador tuvo la virtud de devolvernos a la realidad. Spurr contaba, huelga decirlo, con una plaza de aparcamiento propia lo suficientemente amplia como para suscitarme envidia al compararla con el exiguo rectángulo en el que mi modesto deslizador se veía literalmente embutido entre los de mis vecinos. Además estaba situada, en clara muestra de autoridad, justo frente a la puerta principal del imponente edificio en el que se encontraban las oficinas de su emporio comercial.

Nos apeamos y, cruzando apenas unos plizs, entramos en el lujoso vestíbulo, montamos en el levitador y subimos hasta la última planta sin que Spurr prestara mayor atención a las muestras de afectación, casi de servilismo, de los empleados con los que nos cruzamos en el camino..

-Tengo en la planta baja un despacho institucional especialmente diseñado para apabullar a los visitantes; pero como tu visita no es ni institucional ni comercial -explicó mi amigo agitando con gesto divertido los quelíceros- prefiero llevarte a mi modesto refugio, que es donde me encuentro realmente cómodo sin necesidad de tanta parafernalia.

Para sus parámetros sería modesto, pero calculé que tendría al menos ciento cincuenta o doscientos plizs cuadrados repartidos entre varias habitaciones amuebladas sin lujo, pero equipadas con todo tipo de comodidades. En el amplio salón un imponente ventanal se abría a la fachada principal permitiendo gozar de unas espléndidas vistas, mientras por la parte trasera una puerta daba acceso a una plataforma de aterrizaje en la que estaba posado un deslizador menos llamativo que el que nos había traído hasta allí, pero en modo alguno corriente. Era evidente que a mi amigo le gustaba vivir bien; y le alababa el gusto.

Me condujo no al salón sino a una sala contigua, mitad despacho mitad biblioteca, invitándome a percharme en uno de los dos cómodos trapecios mientras él se repantigaba en el otro desparramando los tentáculos con gesto indolente. Sin cambiar de postura llamó a un robot camarero que me dio a elegir entre un selecto grupo de bebidas con aspecto de costar cada una de ellas un pedúnculo ocular. Y desde luego, la que yo elegí estaba exquisita.

Pero temo que me estoy extendiendo en divagaciones que poco tienen que ver con el objeto de mi visita. Baste con decir que hablamos distendidamente durante un buen rato, él más que yo, antes de que, tras echar un vistazo al reloj, me propuso empezar la visita antes de que se hiciera demasiado tarde.

Así pues abandonamos su cómodo apartamento descendiendo hasta el vestíbulo del edificio, que abandonamos montándonos en un pequeño vehículo conducido en esta ocasión por un silencioso conductor. Aunque la distancia a recorrer no era excesiva, Spurr se había justificado previamente explicándome la importancia de mantener su estatus, y ejercerlo, de cara a sus empleados.

El recinto albergaba no sólo las dependencias administrativas de la compañía, sino también las granjas y las salas de sacrificio y procesado del ganado ya que, según él, era preferible tenerlo todo a tentáculo evitando así posibles problemas de logística. Y, respetando mis escrúpulos, me llevó directamente a la granja.

Mientras tanto, no paraba de darme explicaciones.

-La principal causa de mi éxito fue darme cuenta a tiempo de que no merecía la pena importar la carne de los especímenes abatidos por los controladores de población de la reserva natural establecida en el Mundo de Joor; llegó a ser tan abundante que su precio cayó en picado a causa del exceso de oferta, y además en muchas ocasiones su calidad dejaba bastante que desear. Por ello me planteé convertirme en propietario de mi propio

ganado, importando una partida de machos y hembras reproductores que fueron el origen de la actual cabaña. Esto me permitió criarlos en unas condiciones controladas más favorables para ellos que las de sus congéneres salvajes, lo que redundó en una mejora notable de los productos finales... y de su precio de mercado. Muchos de los que en su día me tildaron de loco hoy se están tirando de los tentáculos -gorgojeó-, y si bien es cierto que corrí un riesgo notable, ya que un fracaso hubiera supuesto mi ruina, por fortuna triunfé; y en definitiva esto es lo único que al final acaba importando -concluyó ufano.

Asentí silencioso, a sabiendas de que mi espíritu empresarial, o emprendedor tal como ahora les ha dado en denominarlo a los políticos, era virtualmente nulo; lo cual no me impedía admirar el arrojo de mi antiguo compañero.

-¿Y no te acabaron imitando? -pregunté al cabo, aunque sabía de sobra que además de su marca había otras en el mercado, si bien ésta seguía siendo puntera.

-Por supuesto; era de esperar y contaba con ello. Pero había cobrado una ventaja sobre mis competidores que supe mantener... hasta hoy. Lograda una calidad comercial difícil de superar incluso para mí, me bastó con mantener una política comercial adecuada; para ello tengo contratados a los mejores gestores y técnicos de venta. Me cuestan caros, pero merece la pena y, con los sueldos que les pago, evito que tengan la tentación de pasarse a la competencia.

Entre tanto habíamos llegado a nuestro destino. El silencioso conductor posó el deslizador y, tras apearse, nos abrió las respectivas puertas a Spurr y a mí. Según pude apreciar, nos encontrábamos frente a una nave de diseño funcional y gran tamaño tras la cual se avistaban varios barracones.

-Bienvenido a Joorlandia -saludó jocosamente al tiempo que con un gesto teatral abría la puerta y se apartaba para dejarme paso.

Bromas aparte, ésta había sido otra muestra de su genio comercial. Joor era el nombre del explorador que había descubierto el planeta, quedando como su denominación oficiosa al tiempo que el explorador pasaba a formar parte de la nómina de empleados de Spurr, embolsándose una jugosa cantidad -al menos eso se decía- a cambio de cederle su uso como marca comercial y los derechos de imagen para promocionar sus productos.

Incluso yo, totalmente indiferente a todo cuanto pudiera tener relación con el ámbito económico y empresarial, había acabado siguiendo con interés la enconada guerra jurídica que sus competidores desataron contra Spurr y sus productos marca Joor, alegando que no se podía registrar comercialmente el nombre de un planeta y todavía menos monopolizarlo. Pero sus abogados, y aquí tampoco había escatimado en medios materiales, lograron demostrar que en realidad el sistema de donde era originario el ganado figuraba en los catálogos estelares con unas asépticas siglas que a efectos legales constituían su

denominación oficial, cosa que no ocurría con el apodo coloquial -así lo denominaron- usado en la jerga astronáutica. Además, añadían éstos, la marca no se refería ni al planeta ni a su sistema estelar, sino al nombre del astronauta que casualmente los había descubierto, el cual había cedido sus derechos de explotación a la empresa demandada. De hecho era socio minoritario, con el mínimo de acciones necesarias a su nombre para poderlo justificar legalmente.

Y como la ley sí permitía registrar nombres propios como marcas, los demandantes acabaron con los tentáculos enredados sin poder conseguir nada a favor suyo.

Pero me estoy dispersando. Nos habíamos quedado entrando en la nave. Su interior carecía de lujos, al fin y al cabo era una simple instalación ganadera y no la sede institucional de la empresa, pero no de comodidades tanto para los empleados como para el propio ganado. Spurr no me había mentido, ninguno de sus trabajadores tenía aspecto de estar descontento.

Fuimos recibidos por el capataz, el cual tras los saludos de rigor nos pidió que le acompañáramos. Spurr, olvidándose de su locuacidad, le cedió la iniciativa, pese a que con toda probabilidad conocía tanto o mejor que su empleado lo que iban a mostrarme.

-Ésta es la zona de estabulación y cría -explicó éste-. Aquí -señaló con el tentáculo unos corrales a los cuales nos acercamos- están las hembras fértiles, y en los de más allá mantenemos a las preñadas y a las recién paridas.

-¿Preñadas? -me sorprendí; me sonaba el término de haberlo estudiado en las clases de biología, pero de eso hacía mucho tiempo y no recordaba bien su significado.

-En efecto -intervino Spurr respondiendo a mi mudo gesto de ignorancia-; estos animales son vivíparos, una rareza de la naturaleza que sólo se da en algunos planetas y ni siquiera en la totalidad de su fauna. No ponen huevos como suele ser normal, sino que la hembra retiene al embrión en un órgano especializado del interior de su cuerpo hasta que éste está lo suficientemente desarrollado para ser expulsado al exterior.

Picado por la curiosidad me asomé al corral, fijando mis pedúnculos oculares en ellas. Conocía el aspecto de estos exóticos animales ya que han sido profusamente reproducidos en los medios de comunicación, con su simetría bilateral y la disfuncional distribución de su anatomía externa empezando por sus dos únicos ojos ¡y los dos mirando hacia delante, sin visión trasera ni apenas lateral! incrustados en la cabeza en lugar de encontrarse al final de pedúnculos. El cuerpo, oblongo, contaba tan sólo con dos miembros superiores prensiles y otros dos inferiores motores, todos ellos semirrígidos ya que, a diferencia de nuestros flexibles tentáculos, disfrutaban de movilidad reducida, dado que únicamente podían flexionarse en determinados puntos y sólo de forma parcial.

-Extraños, ¿verdad? -intervino mi amigo-. La evolución resulta a veces bromista; y si te sorprende su aspecto exterior, no veas ya su anatomía interna. El cerebro, el órgano más importante, se encuentra en la parte superior de la cabeza en lugar de estar convenientemente protegido en el interior del cuerpo. Tampoco están separados el aparato respiratorio y el tramo inicial del digestivo, que comparten la cavidad inicial, y lo mismo ocurre con el aparato reproductor y el excretor. ¿Quieres creer que sólo tienen un corazón? Pese a ello, son biológicamente viables.

-Sí lo son -terció el capataz recobrando el protagonismo-, pero a un precio muy alto. Su metabolismo es despilfarrado, ya que mantiene una temperatura corporal constante, lo que les obliga a consumir grandes cantidades de alimentos sólo para mantenerse con vida. Esto hace que sus enfermedades y sus trastornos metabólicos sean frecuentes y por si fuera poco acorta notablemente sus vidas.

-A ello se suma -remachó Spurr- su escasa fertilidad, muy inferior a la de nuestros ovíparos e incluso a la nuestra misma. Las hembras suelen tener una única cría, raramente dos o más, y entre el período de la gestación y el de la crianza, ya que además nacen completamente indefensos, transcurre una fracción significativa de su vida fértil antes de poder hacerlo de nuevo. En consecuencia, cada hembra sólo es capaz de tener un número limitado de crías antes de que su aparato reproductor pierda su funcionalidad.

-Lo que no entiendo -objeté- es cómo con esas condiciones tan desfavorables llegaron a convertirse en una plaga para su propio planeta.

-Es sencillo -respondió el empleado-. En su hábitat eran la especie dominante y no tenían más enemigo natural que ellos mismos; pese a su baja tasa de natalidad y su corta esperanza de vida, no existía ningún obstáculo que los frenara. La reproducción de cualquier especie, con independencia de su prolificidad, sigue siempre una progresión geométrica, y si ésta no se limita acabará tarde o temprano derivando en superpoblación, que es lo que sucedió. Por fortuna ahora estamos nosotros para impedirlo, me refiero claro está a los agentes ecológicos encargados de controlar su número manteniéndolo en una cantidad viable y evitando que vuelvan a reproducirse de manera incontrolada. Por supuesto, aquí las mantenemos apartadas de los machos salvo cuando está programada una fecundación.

-Entiendo... musité viendo como haraganeaban con actitud indiferente.

-Sigamos -propuso el capataz-. Ahora iremos a la sala de parto y crianza. Llamamos así -me explicó ante mi gesto de extrañeza- al proceso de expulsión de la cría recién nacida... el equivalente a romper el cascarón.

Entramos a continuación en una nueva nave cerrada y climatizada -no había, a diferencia de la anterior, ventilación natural- para preservar, según me dijeron, a las

delicadas crías. En una sección se encontraban las hembras preñadas con la parte inferior del cuerpo grotescamente hinchada, supuse que por tener todavía a su hijo dentro. A diferencia de las anteriores, éstas yacían inmóviles como si este complicado proceso ¡con lo fácil que es poner huevos! hubiera agotado la totalidad de sus fuerzas.

Al otro lado estaban las recién paridas, sujetando estrechamente a sus pequeñas y repulsivas crías. Pude observar con asombro que éstas se aferraban, con lo que supuse sería la boca, a una de las protuberancias que la madre tenía en la parte frontal de su cuerpo. Ya las había apreciado en las otras hembras, pero ignoraba cual podía ser su misión.

-Veo que le llama la atención la alimentación de las crías -pedipalpeó divertido el capataz-. También se trata de un caso singular del planeta de Joor, aunque no es ésta la única especie que lo utiliza. Las hembras segregan, a través de unas glándulas externas, un líquido que sirve de alimento a las crías hasta que éstas pueden comer el pienso normal.

-Analizamos ese líquido -intervino Spurr-; resultó ser rico en nutrientes, principalmente azúcares y proteínas junto con otros interesantes componentes minoritarios. Las hembras dejan de segregarlo pasado cierto tiempo salvo que vuelvan a tener una cría, por lo que desarrollamos una técnica de estimulación mediante hormonas y medicamentos que permite mantenerlo de forma indefinida. Aunque en estado natural no es compatible con nuestras enzimas digestivas, tras ser sometido a determinados tratamientos se convierte en un ingrediente útil para la elaboración de algunos de nuestros productos. Por esta razón separamos parte de las hembras y las dedicamos a producir el líquido sin necesidad de que queden preñadas de nuevo.

De allí pasamos a la sección de engorde, donde todas las cabezas eran crías en diferentes fases de crecimiento. No había adultos, y no necesité preguntar por la razón de esta ausencia.

Por último, nos dirigimos a la nave donde estaban encerrados los sementales. Mientras cruzábamos el espacio que mediaba entre ambos recintos, mis dos acompañantes me fueron informando de los pormenores.

-Otra diferencia fundamental entre nuestra empresa y las de la competencia -era Spurr quien hablaba- consiste en que ellas suelen recurrir a la inseminación artificial, mientras nosotros siempre hemos preferido el método tradicional; eso sí, seleccionando cuidadosamente a los machos cuando éstos entran en la pubertad. Así nos garantizamos las mejores castas, al tiempo que preservamos una diversidad genética superior a la que se alcanza con un número reducido de sementales, por muy excepcionales que éstos sean. Resulta costoso no sólo por tener que mantener y alimentar a todos esos machos sin ningún otro provecho, sino porque además, al no estar castrados, suelen ser bastante más violentos; pero a la vista de los resultados merece la pena el esfuerzo.

-Tampoco es tan difícil manejarlos -intervino el capataz-; sólo hay que saber hacerlo. A diferencia de los especímenes salvajes recién traídos de su planeta una cuidada selección, así como la correspondiente doma, han hecho que estos machos, aun conservando sus instintos, sean perfectamente manejables. Eso sí hay que mantenerlos aislados para evitar peleas, y también tenemos que tener cuidado para que no dañen a las hembras o a nosotros.

Al entrar en el recinto un penetrante olor hirió mi sentido olfativo. No puedo decir que fuera desagradable, aunque sí extraño y fuerte. Evidentemente provenía de los animales, pese a la de ventilación parecía funcionar correctamente.

-Sí, huelen bastante -me explicaron- a pesar de que los lavamos y limpiamos sus jaulas con frecuencia; nosotros ya estamos acostumbrados, pero a las visitas siempre les sorprende cuando entran aquí.

Haciendo caso omiso del olor, me acerqué a una de las jaulas para observar de cerca al macho adulto que se encontraba recluido en su interior. Aunque no me era posible interpretar su lenguaje corporal, era evidente que me recibía con hostilidad.

-Tenga cuidado -me advirtió el capataz-. Aunque no puede hacerle daño ya que el campo eléctrico perimetral impide que saque las extremidades de la jaula, es probable que intente asustarlo.

Y lo intentó, gesticulando y emitiendo extraños sonidos por el orificio bucal pese a que ya me había apartado. En cualquier caso, había visto lo suficiente. Así lo entendieron mis anfitriones, invitándome a abandonar el desagradable recinto.

-De vez en cuando importamos algunos sementales, y también hembras vivas, para refrescar el patrimonio genético -me explicó mi amigo mientras salíamos, sin duda con ánimo de hacerme olvidar el mal momento que había pasado-. Claro está que siguen siendo salvajes y tenemos que tener mucho cuidado al mezclarlos con nuestro ganado, pero esto nos permite sacar al mercado productos *premium* que tienen buena acogida y dan prestigio a la marca.

Se detuvo en mitad de la explanada y me preguntó:

-¿Has cambiado de opinión respecto al matadero y las salas de despiece y procesado? Te aseguro que es todo muy aséptico, el proceso está completamente automatizado y no supone trauma alguno verlo. Además, los animales no sufren.

Negué con los pedúnculos, por lo que no insistió y nos encaminamos a la salida.

-La tienda al menos sí querrás verla... más que como punto de venta está pensada para exposición de nuestro catálogo de productos, aunque evidentemente también se pueden comprar. Todas las visitas organizadas terminan allí, más como método de promoción que

por beneficio económico. Tenemos también una sección de degustación, y me gustaría que probaras alguna de nuestras especialidades de gama alta que son difíciles de encontrar en el mercado. Estás invitado, por supuesto -concluyó pedipalpeante.

Acepté, primero porque no quería parecer grosero después de mi rechazo a ver el matadero, y segundo porque sentía curiosidad y, ¿por qué no reconocerlo?, porque me apetecía probar esas *delicatessen* que me había prometido.

Realmente estaban muy buenas, aunque dudaba que mereciera la pena pagar por ellas el dinero que seguramente costaban; aunque estos escrúpulos no contarían para los ricachos para los que estaban pensadas. Mientras las saboreábamos -él y yo, el capataz había vuelto a su trabajo- regadas con un excelente pkull gran reserva que no se quedaba atrás en categoría, retomamos nuestra interrumpida conversación.

-Realmente me sorprende -decía yo- que de unos animales tan... repulsivos puedan obtenerse estas delicias.

-Así es, pero no creas que es sencillo; hay detrás mucha investigación y también mucho arte. Vender la carne sin más es sencillo, son muchos los que lo hacen, pero elaborarla como lo hacemos nosotros no está al alcance de cualquiera -respondió orgulloso.

-Dime -cambié de tema intentando refrescar mis olvidados conocimientos de biología-, ¿cómo es que alimentos procedentes de planetas tan diferentes pueden ser compatibles con nuestro metabolismo? Esto es algo que siempre me ha extrañado.

-No andas descaminado. Aunque la base química de la vida es casi siempre la misma salvo en contadas excepciones, la complejidad de los procesos metabólicos levanta barreras entre nosotros y los animales o las plantas alienígenas. Ten en cuenta que basta con que una enzima o una proteína varíen mínimamente para que no seamos capaces de digerir estos alimentos o, en el peor de los casos, nos resulten tóxicos; de hecho, son muy pocos los que podemos comer directamente. Por esta razón deben ser tratados de manera adecuada, según su procedencia, para que resulten no sólo inocuos, sino también nutritivos y por supuesto agradables de sabor.

Hizo una pausa para ingurgitar un trago de pkull y continuó:

-Aunque quede mal decirlo, puedo asegurarte que en mi etapa de importador desarrollé una notable habilidad para procesar los alimentos alienígenas. Estos métodos son un verdadero arte que no está al alcance de cualquiera, por lo que los resultados, aun partiendo del mismo ingrediente, pueden acabar siendo dispares, y es aquí donde radica la diferencia entre un buen producto y otro mediocre.

Nueva pausa, en esta ocasión para tomar un canapé de ahumado.

-Pese a que mis productos eran por lo general mejores que los de la competencia, cuando empecé a criar mi propio ganado decidí dar un paso más. Recluté a los mejores xenobioquímicos que pude encontrar y les pedí que convirtieran el proceso de compatibilización in vitro en otro in vivo, de manera que la carne de las reses sacrificadas fuera asimilable para nuestros organismos sin necesidad de maceración posterior alguna.

-¿Y lo consiguieron?

-Lo consiguieron -respondió satisfecho-. Costó trabajo y hubo que superar muchas dificultades, pero finalmente se logró. Gracias a una combinación de ingeniería genética, tratamientos hormonales y piensos especialmente tratados, pudimos prescindir de las manipulaciones posteriores que, quieras o no, siempre suponen una pérdida en las propiedades organolépticas. Asimismo, la experiencia lograda nos permitió ampliar nuestra gama de productos incluso a los procedentes de los híbridos de ganado con especímenes salvajes de los que antes te hablé. Por cierto, estás saboreando los resultados.

Que eran excelentes, reconocí paladinamente.

-Quisiera comentarte otra cosa -me atreví finalmente a plantearselo.

-Tú dirás...

-Vaya por delante que no comparto en absoluto sus planteamientos, pero ¿qué opinas de esos grupos animalistas que tanta lata dan con el para ellos injustificable expolio de planetas vírgenes e incluso, como es el caso del Mundo de Joor, de la caza y crianza de seres presuntamente inteligentes para utilizarlos como alimento? Tengo entendido que tus empresas son uno de sus blancos preferidos.

-Así es -suspiró haciendo resonar profundamente sus espiráculos-. Incordian más que un enjambre de phyrículas enfurecidas, pero al igual que ocurre con ellas su capacidad de hacerme daño es muy limitada, por no decir nula; pero he de reconocer que resultan molestos.

-Pero han promovido una campaña de boicot a productos procedentes de animales alienígenas...

-¿Y tú crees que les están haciendo caso? Además sus posibles seguidores, aparte de pocos, no suelen ser hum... digámoslo con sinceridad lo suficientemente pudientes como para poder comprar mis productos, mientras mis potenciales clientes dudo mucho que les presten la más mínima atención. Ten en cuenta que mi marca, aunque es de las más si no la más conocida, no supone un volumen importante en el total de la oferta de estos alimentos, yo produzco calidad pero no cantidad. Así que, en el fondo, a quienes pueden perjudicar más es a los vendedores de sucedáneos mediocres, no a mí. Pero insisto, molestan. En

cualquier caso, lo mejor es dejar que se acaben cansando sin caer en sus burdas provocaciones.

-Pero hay un partido que defiende la prohibición...

-¿Te refieres a los alienistas? No sólo son minoritarios, sino que no cuentan con el menor apoyo parlamentario. Constituyen la fracción folklórica de la política, y es bueno que sea así. Mientras estén ocupados en estas nimiedades no se preocuparán por otras cosas. Eso sí, no les entra en el cerebro que la cría en cautividad aporta tan sólo una mínima parte de la producción total, la mayoría proviene del propio planeta y no de cazas indiscriminadas o furtivas, sino de los clareos programados para reducir y controlar la superpoblación. En el fondo les estamos haciendo un favor al evitar que se ahoguen en su propia porquería, como estaba a punto de ocurrir si no hubiéramos llegado a tiempo, pero estos cazurros no son conscientes de ello o, más probablemente prefieren ignorarlo para no perjudicar a sus mercenarios intereses políticos.

-Opino igual que tú, pero dejando aparte a estos exaltados también hay quienes, desde unos planteamientos más digamos... intelectuales denuncian las granjas aduciendo que no es justo criar animales de origen salvaje para comérmelos.

Spurr tardó en contestar, aprovechando la interrupción para ingerir un par de canapés y apurar el pkull, por lo que pidió al solícito camarero un nuevo envase, en esta ocasión de zwist. Era evidente que se encontraba incómodo, pero ya fuera por educación o bien por autocontrol, me respondió en tono comedido.

-Vamos a ver. Es cierto que estos animales son inteligentes, lo cual no tiene nada de particular porque en mayor o menor medida todos lo son. Hasta un mísero zzumbuc es inteligente a su modo, y a nadie le incomoda matarlo para evitar que le pique.

-Pero...

-Sé a qué te refieres -me interrumpió-. Estos individuos que van de intelectuales aunque lo más habitual es que no lo sean, en realidad a lo que pretenden referirse no es a la inteligencia, sino al raciocinio. Tú, yo, el conjunto de la población de Xilio... bueno, no todos, somos seres racionales. Algunas especies alienígenas lo son también, incluso los desagradables y repulsivos sadritas. Y te puedo asegurar que a mí jamás se me ocurriría convertirlos en alimentos ni, mucho menos, comérmelos.

-Entonces, ¿consideras que los jooritas no son racionales?

-Eso no lo digo yo, eso lo dictaminó el propio Ministerio de Medio Espacial, el único organismo con potestad legal para pronunciarse en un sentido o en el contrario. Cierto es que cuando se les descubrió tenían cierta estructura social e incluso disponían de una tosca tecnología, pero no hace falta salirnos de nuestro propio planeta para encontrar casos

similares a los que nadie en su sano juicio atribuiría la condición de especie sapiente. ¿En qué se diferencian?

-Disculpa que insista, pero te aseguro que no pretendo criticarte sino justo lo contrario -porfié-. Aceptando todo esto, y aceptando también que el control de la población joorita era no sólo necesario, sino incluso beneficioso para ellos, ¿cómo justificarías tú, en caso de que te atacaran por ese flanco, su crianza en cautividad? Desde mi punto de vista, lo considero un posible punto débil.

-No legalmente, te lo aseguro; nunca he escatimado a la hora de disponer de la mejor asesoría jurídica posible. Claro está que podrían cambiar la ley, pero no lo creo probable; incluso si los alienistas llegaran al poder, cosa que dudo, estoy seguro de que se olvidarían de estas tonterías. Pero te respondo: si comparas la vida de mis reses con la de sus congéneres salvajes, podrás comprobar que viven mucho mejor y están mucho más cuidadas que ellos. ¿Sabes cómo era su vida en Joor cuando llegaron nuestros exploradores? Estaban a punto de cargarse el planeta. ¿Sabes cómo viven ahora incluso después de las labores de limpieza que todavía no han acabado? Y no se les puede ayudar, ni mucho menos domesticar, puesto que al estar protegidos por la Ley de Planetas Naturales está terminantemente prohibido interferir en su vida salvo en lo relativo al control de la población, que no es poco.

»Además, como ya te dije antes, yo he conseguido aplacar en gran medida sus violentos instintos atávicos responsables de los daños que durante multitud de generaciones estuvieron infligiendo a su planeta. Son muchos los veterinarios y los etólogos que han venido a estudiarlos, ya que si se encontrara una manera de reducir, siquiera en parte, su agresividad innata incluso hacia los miembros de su propia especie, es posible que mis métodos se pudieran aplicar a gran escala en la población salvaje.

-Eso no lo sabía...

-No es ningún secreto, está publicado en revistas especializadas, pero tampoco interesaba demasiado darle divulgación, sobre todo porque estoy seguro de que llegar a conocimiento del gran público saltarían inmediatamente los tocatentáculos de siempre. En especial -vaciló- por el tema del idioma.

-¿Tienen un idioma? -me sorprendí.

-También lo tienen los brris y nadie les considera inteligentes -respondió arqueando los tentáculos superiores en muestra de indiferencia-. Sí, lo tienen si por tal entendemos un tosco medio de comunicación, repito lo mismo que te decía respecto a la inteligencia; en sí mismo no dice nada. Su idioma, si es que se le puede considerar como tal, se reduce a un conjunto de sonidos expelidos por el aparato respiratorio, sin que exista la menor comunicación directa entre cerebros. En este aspecto son completamente mudos. ¿Es éste

un signo de raciocinio? En la opinión de los lingüistas no, y en la del Ministerio de Medio Espacial, que es la única que realmente importa, tampoco.

-Entonces, ¿cuál es el problema?

-Una de las vías seguidas para su domesticación, o su apaciguamiento si lo prefieres, consistió en inhibir artificialmente el uso de su idioma, en el convencimiento de que al no poder comunicarse, aunque fuera a ese nivel tan primitivo, lograríamos reducir su agresividad... y así ocurrió tras las oportunas modificaciones genéticas y hormonales. Nuestro ganado, a excepción de los sementales pero en ellos es necesario mantener el atavismo, es completamente pacífico e incapaz de comportarse con violencia. ¿Te parece poco logro?

Yo no estaba del todo seguro, pero preferí no contradecirle. Al fin y al cabo se había portado muy bien conmigo sin ninguna contrapartida por mi parte, y le estaba agradecido por ello. Así pues intenté derivar la conversación hasta otros derroteros menos controvertidos, pero fue él quien la llevó a su término.

-Ya que hemos hablado de su idioma, aunque yo prefiero considerarlo un mero método de comunicación, te contaré una anécdota. Ellos, me refiero claro está a los salvajes, tienen un término para denominar a su planeta, lo que no deja de ser un hecho peculiar aunque se limite a un simple sonido gutural e incluso, aunque los xenólogos no se ponen de acuerdo, algún tipo de grafía primitiva.

-¿Sí? -el proyectil había dado en el blanco-. No sabía nada de eso.

-Por supuesto que no, éste es un dato conocido tan sólo por los estudiosos, aunque se trata tan sólo de un detalle curioso. Evidentemente no es el pensamos, ni Mundo de Joor ni por supuesto el oficial que figura en los catálogos.

-¿De cuál se trata? -pregunté con sincero interés.

-Bien, resulta difícil de transcribir ya que carece de las modulaciones de nuestro idioma, y tampoco posee los matices que permite la comunicación telepática. Insisto, no creo que podamos considerarlo idioma. Pero de manera aproximada suena algo así como Terr, Trra, Tier... en un principio pensé utilizarlo como marca para mis productos, pero luego me decanté por el de Joor. Él está satisfecho, yo también y todos contentos.

A partir de ese momento la conversación languideció hasta que excusándose en compromisos ineludibles se despidió de mí y, tras regalarme un lote de sus productos más selectos, puso a mi disposición un deslizador con conductor -en esta ocasión no me acompañó- para llevarme a casa.

Huelga decir que antes de separarnos volvimos a reiterar solemnes promesas de volvernos a ver cuando sus obligaciones -las mías eran prácticamente inexistentes- se lo permitieran. Huelga decir también que, tres órbitas largas después, no ha vuelto a llamarme.

¡ATENCIÓN, OVNIS!

14-2-20**, de nuestro corresponsal en Washington.

El Gobierno de los Estados Unidos ha hecho público el derribo de un nuevo objeto volador, cuyos restos están buscando unidades de la Marina frente a las costas de Alaska. Pese a que oficialmente no se ha confirmado la procedencia de estos artefactos, e incluso han circulado en las redes numerosos comentarios atribuyéndoles un presunto origen extraterrestre, la versión oficiosa que corre por los despachos apunta hacia un posible intento de espionaje por parte de una potencia rival, retrotrayéndonos a los años de la Guerra Fría.

De hecho, un funcionario del Ministerio de Defensa que pidió que su nombre se mantuviera en secreto, comentó irónicamente a este corresponsal que cómo podrían ser esos extraterrestres tan chapuzas que derribarlos resultó tan fácil como cazar a un pato, cuando lo lógico sería que nos atacaran con unas armas mucho más avanzadas que la nuestras ante las que no tendríamos defensa.

Seguiremos informando.

* * *

-Capitán -reclamó la atención educadamente el militar.

-Diga, teniente, ¿qué desea?

El reptiloide afianzó la cola en el suelo irguiéndose en un marcial saludo.

-La última sonda... también la han derribado.

-Ya -su superior abatió la cresta en un gesto de hastío-. Era de esperar. ¿Cuántas llevamos perdidas ya? ¿Cuatro?

-Cinco con ésta.

-Y nos quedan operativas... -hizo un cálculo mental- ¿otras tres?

-Sólo una, señor. El armero las ha revisado comprobando que las otras dos están averiadas, junto con las cuatro que ya había descartado por la misma causa, aunque dice que con un poco de tiempo quizá podría rescatar alguna canibalizando piezas de las otras.

-Es mejor que no se moleste -respondió su superior con una fría calma-. No era de extrañar teniendo en cuenta que eran unos artefactos de desecho, antiguos ya cuando su

abuelo y el mío todavía no habían salido del huevo. ¿Y así quieren que exploremos este planeta? ¿Con esta chatarra inútil?

-Según dijeron el nivel tecnológico de los aborígenes era muy bajo, razón por la no estimaron necesario equiparnos con sistemas más avanzados -objetó el teniente-; pensaron que sería suficiente con lo que nos proporcionaron.

-¡Pues ya ve cómo no ha sido así! -explotó el comandante de la misión con las escamas faciales teñidas de un vivo púrpura-. ¿Y sabe por qué, Eerg? -en su irritación pasó a llamar a su subordinado por su nombre propio, en contra de las ordenanzas-. Porque esos inútiles engañabobos que tenemos por gobernantes llevan mucho tiempo intentando ahorrar por todos los lados para camuflar su ineptitud como gestores. Y en lugar de empezar recortando sus sueldos y desprendiéndose de todos sus paniaguados que cobran unos sueldos que querríamos para usted y para mí, sin hacer nada útil en su vida salvo estorbar, meten la tijera en sectores estratégicos tan básicos y necesarios como la enseñanza, la sanidad o el ejército. ¡Y pretenden encima que conquistemos planetas! Suerte que no sean ellos quienes nos conquisten a nosotros.

-Señor, debió de tratarse de un error de cálculo -musitó el teniente moviendo la cabeza de un lado a otro, como temiendo que alguien les pudiera estar escuchando. Pero cuando llegue nuestra flota de invasión ya será otra cosa. Al fin y al cabo, nosotros somos sólo una avanzadilla para preparar el terreno con nuestros informes sobre la capacidad militar de los alienígenas.

-¿Flota de invasión? -el capitán chirrió las mandíbulas en un poco educado gesto- ¿Qué flota? Nuestra nave es una de las más modernas con las que contamos, y fue botada hace más de treinta años cuando a usted le debían estar todavía empollando. Y por si fuera poco, tiene más averías que tentáculos un chillul -bufó por el espiráculo respiratorio-. El jefe de mantenimiento está tan harto de ir haciendo apaños continuamente que me ha amenazado con presentar su dimisión irrevocable en cuanto volvamos a la base. Así que se puede imaginar cómo estarán el resto que todavía son más antiguas.

-Yo... no sé qué decir, señor -se defendió el atribulado oficial pasándose nerviosamente la lengua bífida por los colmillos.

-Por su bien es mejor que no lo diga; será suficiente con un único consejo de guerra, el mío. Pero no me callaré, no; ya está bien de cargar con las consecuencias del desgobierno de estos ineptos. Me quejaba de las naves, pero ¿qué me dice de las tripulaciones? Exudé sangre para completar la dotación, y aun con eso usted es testigo del resultado: buena parte de la marinería no vale un trepp, no sirven ni para limpiar las letrinas. Pregunte al sargento Spurr, verá lo que le dice.

-Entonces, señor, ¿qué hacemos? -porfió el atribulado Eerg.

-¿Qué vamos a hacer? ¡Irnos por donde hemos venido con la cola entre las piernas! ¿Se le ocurre alguna idea mejor? No merece la pena malgastar ninguna otra sonda, aunque sean pura chatarra, para obtener el mismo resultado. Incluso empiezo a temer que los aborígenes puedan aprovechar los restos de las que nos derribaron para obtener información sobre nuestra presuntamente superior tecnología.

Hizo una pausa agitando con furia las membranas nictitantes y ordenó:

-Diga al piloto que prepare la nave para abandonar la órbita. Describiremos una trayectoria a baja cota, pongamos unos mil kapps, siguiendo la ruta de las sondas cuando fueron derribadas. Espero que funcionen los sensores, y quiera el Gran Tizok que no falle el campo de camuflaje, sólo faltaría que también nos derribaran a nosotros. Una sola pasada a toda velocidad y derechos a casa. ¡Y si algún político se empeña en tocarme la cresta se las verá conmigo, por la espada vengadora de Conan! ¡Soy capaz de devorarlo crudo!

CONTACTO ALIENÍGENA

El primer contacto documentado con extraterrestres en nuestro planeta tuvo lugar el 23 de junio de 20** no en Nueva York, como suele ocurrir en las películas de Hollywood, sino en la pequeña localidad castellana de Trabanedo del Almendral, con cincuenta habitantes censados y algunos más contando a los veraneantes.

El vehículo alienígena, al que no era apropiado denominar platillo volante puesto que su forma recordaba más bien a un huevo del tamaño de un autobús, apareció posado en un prado de las afueras del pueblo lindante con la carretera que los lugareños llevaban décadas reclamando que se desdoblara por fin en autovía. En realidad no estaba posado puesto que levitaba a unos treinta centímetros sobre el suelo, pero éste era un detalle irrelevante.

Aunque nadie le vio llegar pronto fue descubierta su presencia no sólo por los trabanedanos sino también por los conductores que discurrían por la carretera, lo cual lo convertía en una posible causa de accidentes hasta que la Guardia Civil tomó cartas en el asunto cortando el tráfico durante varios kilómetros en ambos sentidos.

Avisadas las autoridades y dado que el objeto, cuya naturaleza real todavía se desconocía, era susceptible de ser considerado como un artefacto potencialmente peligroso, se procedió a evacuar al pueblo no sin protestas de algunos de los vecinos, que clamaban al verse privados de la única distracción de la que habían disfrutado durante mucho tiempo. Pero las cosas, sobre todo a nivel internacional, no estaban para bromas y pronto llegó una unidad militar que estableció un cordón infranqueable al tiempo que un par de aviones de combate patrullaban por el espacio aéreo.

Por supuesto también hicieron acto de presencia una pléyade de periodistas y algún que otro veterano magufo, todos los cuales vieron frustrada su intención de acercarse al *huevovni*, como le bautizara zumbonamente un periodista.

Mientras tanto el presunto objeto extraterrestre seguía a su aire, indiferente por completo a toda la agitación desatada en torno suyo. Simplemente estaba allí, con su irisada superficie, desprovista de ventanas y de cualquier otro tipo de aberturas incluyendo la aparentemente necesaria puerta, brillando al sol de la mañana.

Pasadas varias horas el impasse se rompió cuando en el exterior del cordón militar donde se agolpaban los periodistas y los curiosos, locales y foráneos, corrió la voz de que un portavoz oficial intentaría entrar en contacto con los tripulantes del objeto. En el revuelo que se formó circularon todo tipo de especulaciones sobre su identidad: el presidente del gobierno, el presidente autonómico, el delegado del gobierno en la comunidad autónoma, un militar de alto rango e incluso el presentador de un popular programa de televisión especializado en temas misteriosos.

En realidad se trataba de Perico el Tronzao, un habitante del lugar que lo único que pretendía era comprobar si sus vacas, alojadas en un establo cercano al punto cero, se encontraban en buen estado, por lo que esgrimiendo su condición de juez de paz -Trabanedo era una pedanía dependiente de un pueblo cercano-, y ante la ausencia de autoridades de mayor rango, se arrogó la responsabilidad de entrar en contacto con los tripulantes del ovni. Posteriormente se sabría que el alcalde del municipio se había excusado alegando un fuerte dolor de muelas y que el presidente autonómico se escudó en la falta de competencias de su cargo en asuntos cósmicos, mientras del resto simplemente no se supo.

El caso fue que el Tronzao -en realidad el tronchado había sido su abuelo, atropellado por un carro en su juventud, mientras él era un recio ejemplar de raza castellana que había heredado muy a su pesar el apodo- logró convencer a los custodios tanto por su labia -por eso y por la ausencia de más candidatos había sido nombrado juez de paz- como, posiblemente, por el macizo garrote que portaba. Y aunque a él el chisme extraterrestre le importaba un pimiento, no podía esquivarlo para acercarse a sus vacas dado que, en aras de su seguridad, el militar a cargo del control le había provisto de una guardia pretoriana armada hasta los dientes.

Por lo tanto, y en contra de su voluntad, se vio forzado a ejercer de héroe. Perico no tenía mucha imaginación, pero había visto alguna película de ciencia ficción en la que de repente el platillo volante, o su equivalente geométrico, comenzaba a disparar rayos mortíferos que carbonizaban o desintegraban de forma instantánea a los incautos visitantes. Pero era ya tarde para echarse atrás, por lo que armándose de valor decidió afrontar su misión en la historia. Y en honor a la verdad, es preciso reconocer que los cuatro soldados que le acompañaban no estaban menos asustados que él.

Entre pitos y flautas habían pasado ya varias horas cuando Perico y los militares llegaron junto al ovni, el cual seguía a lo suyo es decir ignorando olímpicamente a todo cuanto le rodeaba. Perico se plantó firmemente sobre sus dos pies apenas a cinco metros de distancia -los soldados, sin mayor interés por pasar a la posteridad, optaron tácitamente por quedarse varios pasos atrás, desplegados en abanico con los fusiles terciados-, apoyó firmemente su manaza en la empuñadura del garrote y, recurriendo a sus difusos conocimientos de ciencia ficción, alzó la otra mano en un gesto que pretendía ser amistoso al tiempo que graznaba con su vozarrón:

-¡Eh, los marcianos! -evidentemente sus recuerdos de ciencia ficción estaban un tanto anticuados-. ¡Bienvenidos a la Tierra! ¡Os recibimos en son de paz!

Tras lo cual lo que hubiera cabido esperar era que el ovni permaneciera impasible. Pero, para sorpresa de todos incluido el Tronzao, éste respondió.

-¡Saludos, hijos de la Tierra! -el acento era extraño y la sintaxis dejaba bastante que desear, pero el mensaje resultaba inteligible-. Os pedimos disculpas por nuestra irrupción en vuestro planeta, y también por nuestro largo silencio; pero el Traductor Omnilingua Universal carecía de información sobre vuestro idioma, por lo que hemos necesitado este tiempo para captar vuestras emisiones electromagnéticas y poder así implementar su base de datos con la información recibida. Esperamos que os pueda llegar nuestro mensaje, y os aseguramos que no deseamos haceros ningún mal sino tan sólo pedir os ayuda.

A Perico se le cayó de golpe la mandíbula, y eso que no llegó a ver la reacción de los soldados que se encontraban a sus espaldas. ¿A ver si después de todo se iba a convertir en un personaje famoso? Pero reaccionando con rapidez, imbuido en su misión de representante de la humanidad frente a los visitantes extraterrestres, intentó estar a la altura de las circunstancias.

-Os entendemos, y estamos dispuestos a ayudaros en cuanto nos sea posible -esto último era un farol, pero quedaba bonito y nadie se encontraba en situación de desautorizarlo-. Decidnos qué deseáis.

-Es sencillo -respondió la voz metálica, cuya sintaxis hemos corregido en aras de una mejor comprensión para el lector-. Por una serie de circunstancias ajenas a nuestra voluntad nos desviamos de nuestra ruta internándonos en una región espacial que carece de cobertura para el Sistema de Posicionamiento Galáctico, por lo que nos hemos perdido. Por esta razón decidimos aterrizar en el planeta habitado más cercano para preguntaros si sabríais decirnos por dónde se va hacia Stirgweeno o, si lo desconocéis, hacia Birtxiloo o Kwtriin, cualquiera de ellas nos sirve. Nos haríais un gran favor si nos pudierais orientar.

A Perico, que no era tonto pero la geografía no era su fuerte, esos nombres le sonaron a chinos o rusos, y después de rascarse la cabeza por encima de la gorra no supo qué decir.

-No estoy seguro del todo, pero creo que es por ahí.

Y esgrimiendo el garrote señaló un punto indeterminado del cielo.

-Os estamos muy agradecidos, terrícolas, por vuestra amabilidad -fue la respuesta alienígena-. Que la Entropía os acompañe.

Concluyó la voz a modo de despedida, tras lo cual el ovoide se elevó grácilmente como si se tratara de un globo aerostático y, tras alcanzar una altura de varias decenas de metros, se desvaneció en el aire ante la perpleja mirada de miles de espectadores.

* * *

En el interior del vehículo espacial dos seres de aspecto vagamente humanoide discutían.

-Te tengo dicho que consultes los planos galácticos siempre que te lo pida, a ser posible con suficiente antelación y no cuando ya nos hayamos pasado del desvío. Yo no puedo pilotar y estar pendiente de ellos al mismo tiempo.

-Y yo te insisto una vez más en que si no fueras tan tozudo y te acostumbraras a manejar el SPG no nos perderíamos cada vez que salimos de viaje.

-Te recuerdo que una vez que hice caso al maldito invento dimos un rodeo de más de treinta prkss y casi nos zambullimos en una nova que no tenía registrada. Como para fiarse de él. Donde estén los mapas estelares...

-Pues ya ves tú, con tus queridos mapas hemos acabado en una zona sin cartografiar y con toda probabilidad sin civilizar.

-Está bien, vamos a lo práctico -zanjó el primero con un tajante gesto de tentáculo-. Tampoco nos fue tan mal; el aborigen, aunque primitivo, supo indicarnos aproximadamente la dirección correcta; al menos ahora estamos de nuevo dentro del mapa.

-Y dentro de la cobertura del SPG -remachó el segundo con malicia.

-¡Tú y tu dichoso programa! Está bien -se rindió mientras sus cromatóforos adoptaban el color de la resignación-. Dime al menos por donde tenemos que ir, yo no puedo estar a las dos cosas.

FINAL IMPREVISTO

Nunca llegamos a ser conscientes del peligro que corrimos cuando los rectores de Xruum enviaron una nave exploradora a la Tierra para determinar la viabilidad de invadirla y anexionarla a su vasto imperio galáctico, previo exterminio de sus habitantes y una adecuación -en este caso resultaría incorrecto hablar de terraformación- del planeta a sus necesidades. Lo cual, dada la abismal diferencia tecnológica entre ambas civilizaciones habría conducido a nuestra inexorable extinción.

Por fortuna, el azar frustraría sus planes salvándonos de una desaparición segura. La nave xruumita atravesó la atmósfera y, descendiendo a la superficie, se sumergió en el océano conforme a las leyes de la probabilidad, favorables en una proporción de 3 a 1 a un amerizaje frente a un aterrizaje en tierra firme.

Lo cual supondría su perdición y la de su proyectada invasión, a la par que nuestra providencial salvación. Porque la naturaleza de los xruumitas no era biológica sino cibernética, al tratarse de unos sofisticadísimos robots originarios de planetas cuyas condiciones ambientales eran incompatibles con la vida tal como la entendemos, no precisando de una atmósfera como la terrestre ni, en realidad, de atmósfera alguna.

Pero la causa de su fracaso no fue la mezcla de gases atmosféricos de nuestro planeta, ni tampoco su presión. Lo que destruyó a la nave y a los robots autoconscientes que la tripulaban fue el peor enemigo posible para un mecanismo metálico, por muy sofisticado que fuera éste: la herrumbre, para la cual carecían de defensa alguna.

AD ASTRA

El Ad Astra, la primera nave interestelar construida por la humanidad, acababa de hacer historia dejando atrás la Nube de Oort. Gracias al esfuerzo conjunto de la totalidad del planeta, traducido en unos avances tecnológicos impensables poco tiempo atrás, los revolucionarios motores del Ad Astra habían logrado la hazaña de alcanzar los confines del Sistema Solar en un tiempo de tan sólo dos años, lo que suponía una velocidad media de aproximadamente la mitad de la de la luz.

Pero éste no era su destino sino la estrella Próxima Centauri, distante algo más de cuatro años luz de la Tierra o, si se prefiere, tres veces más alejada que la meta que acababan de rebasar. Lo cual, considerando que la velocidad media de la totalidad del viaje -el Ad Astra continuaría acelerando durante otro año luz, para luego desacelerar en los dos restantes- sería aproximadamente similar a la que llevaba ahora, supondría un total de ocho años de ida más otros tantos de vuelta, junto con el tiempo empleado -se había calculado que otros dos- en explorar el sistema planetario de esta pequeña enana roja.

Ciertamente el sistema doble formado por sus dos hermanas Rigil Kentaurus y Tolimán, o Alfa Centauro A y B, resultaba a priori más prometedor... pero se encontraban todavía más alejadas, aproximadamente unos 0,15 años luz más allá, y aunque esta diferencia pudiera no parecer demasiado, habría que sumarla a los alrededor de diez años de duración de la misión, por lo que sus responsables habían decidido limitarla a la más próxima del trío, ya que de lo que se trataba fundamentalmente era de probar el funcionamiento de los nuevos motores sublumínicos. Si ésta resultaba coronada con el éxito, ya habría tiempo para programar otras misiones más ambiciosas. Al fin y al cabo, la expansión humana por el universo apenas acababa de dar el primer vagido.

En la cabina de navegación los dos pilotos se mostraban exultantes. Junto con otros tres miembros de la tripulación -un criomédico, un técnico de mantenimiento y el responsable de los sistemas de reciclaje y los cultivos hidropónicos- eran los únicos que no se encontraban hibernados, aunque pronto serían relevados por otros tantos de sus compañeros siguiendo unos turnos rotatorios que harían más llevadero el largo viaje y permitirían aprovechar mejor los alimentos, agua y oxígeno necesarios para tan largo viaje, dado que no sería posible renovarlos mientras durara éste. Todos ellos se habían presentado voluntarios, y eran plenamente conscientes de los inconvenientes y los peligros que se verían obligados a afrontar durante su azaroso periplo.

Por el momento la primera etapa del viaje se había desarrollado de forma satisfactoria, razón por la que cabía esperar que el resto del mismo transcurriera de igual manera, sobre todo teniendo en cuenta que en su mayor parte discurriría por el vacío interestelar en el que no cabía esperar la existencia de radiaciones ni de corpúsculos de cualquier tamaño

potencialmente peligrosos para la integridad de la astronave y sus tripulantes. Así pues, tenían motivos sobrados para sentirse optimistas.

No era de extrañar, pues, que el piloto principal se volviera hacia su compañero esbozando la mejor de sus sonrisas, dado que planeaba proponerle celebrar con él y los otros tres astronautas una pequeña fiesta -lástima que el resto de la tripulación no pudiera disfrutar de ella- con motivo de haber rebasado la primera frontera.

Lamentablemente, ninguno de ellos llegó a sospechar siquiera que fuera a ocurrir lo que por desgracia ocurrió.

En contra de lo que esperaba, el piloto principal vio como el rostro del copiloto reflejaba un gesto de extremada alarma, al tiempo que intentaba decirle:

-¡Maniobra de evasión! ¡Una masa ingente se precipita sobre nosotros a toda velocidad!

Pero no pudo completar ni siquiera la primera palabra puesto que instantáneamente algo, a cuyo lado el Ad Astra resultaba ser apenas un juguete, les embistió brutalmente reduciendo a la nave a poco más que polvo cósmico junto con todos sus tripulantes. La primera misión interestelar de la historia había llegado a su fin de la forma más abrupta y dramática posible.

* * *

ACCIDENTE EN LA HIPERPISTA U-27

(De nuestro corresponsal en Xrjytt-7)

Un nuevo accidente provocado por la fauna local ha causado daños de consideración al carguero XB-403, que hubo de ser remolcado a la estación de control y mantenimiento más próxima. Aunque es la primera vez que ocurre en esta región del espacio, correspondiente a las coordenadas $\rho=347,5$, $\phi=23,8$ y $\theta = 118,1$ con origen en el vórtice del tercer sector, accidentes similares han venido sucediendo con relativa frecuencia en varias de las rutas que discurren por zonas no galactoformadas con abundancia de población salvaje. Y si bien en esta ocasión no se han producido daños personales, aunque sí cuantiosos materiales, al tratarse de un carguero autómatas, no ocurrió así cuando los vehículos siniestrados fueron yates e incluso transgalácticos de pasajeros.

Así pues, volvemos a preguntar una vez más a los responsables de la Dirección Galáctica de Tráfico (DGT) lo siguiente: ¿Hasta cuándo perdurará esta situación que tantos perjuicios está causando? No pretendemos en modo alguno defender posturas tan radicales

como la de quienes propugnan la esterilización de los sistemas cercanos a las pistas hiperespaciales, puesto que si bien en ellas no existe civilización alguna, sí son unas importantes reservas de vida irracional en todas sus manifestaciones que merece la pena conservar, puesto que se trata de un patrimonio natural irremplazable. Aparte, claro está, de que estos seres no tienen responsabilidad alguna -difícilmente la podrían tener al carecer de consciencia- sobre la negligente decisión tomada en su momento de trazar las rutas interestelares por las proximidades de sus sistemas estelares, siguiendo únicamente criterios económicos pese a que haberlas desviado una distancia prudencial habría supuesto tan sólo un leve incremento en los presupuestos.

Pero sí pedimos, y seguiremos pidiendo con toda la firmeza que resulte necesaria, que una infraestructura tan importante y vital para las comunicaciones galácticas como es la red hiperespacial sea implementada en los sectores conflictivos con barreras deflectoras que impidan a la fauna local atravesar las hiperpistas sin que ésta sufra el menor daño en sus migraciones. Esta medida de protección ha sido sobradamente ensayada con resultados satisfactorios, por lo que su falta de aplicación tan sólo puede interpretarse en base a dos hipótesis: O bien es víctima de la negligencia burocrática y el desinterés político, o bien se trata de una de tantas falsas medidas de “ahorro presupuestario” -con comillas- a los que nos tienen acostumbrados quienes nos gobiernan, al tiempo que despilfarran los impuestos de los contribuyentes en gastos superfluos y discutibles cuando no directamente sospechosos.

En cualquier caso no existe disculpa alguna. Mientras tanto la fauna salvaje seguirá siendo masacrada en una galaxia en la que cada vez restan menos espacios vírgenes para ella y, todavía peor, los vehículos que discurran por estas hiperpistas seguirán corriendo el riesgo de sufrir accidentes que traerán como consecuencia importantes daños materiales, heridos e incluso muertos.

Lo cual, insistimos una vez más, no se puede seguir tolerando.

CARAMBOLA

El descubrimiento de la existencia de Satán no pudo ser más prosaico. Mediante observaciones telescópicas del sistema joviano un equipo de astrónomos comunicó la detección de un puñado de nuevos satélites del gigantesco planeta, los cuales fueron catalogados con unas asépticas siglas que, comenzando por la S de satélite, añadían el año del descubrimiento, una J por Júpiter y el ordinal correspondiente a cada uno de ellos, el 13 en su caso.

Todos ellos eran muy pequeños, de apenas unos cuantos kilómetros, orbitaban a gran distancia de Júpiter y nada tenían en principio de particular, por lo que su inclusión en la lista del aproximadamente centenar de satélites jovianos pasó desapercibida para todos excepto para los astrónomos y los interesados en esta disciplina científica.

Con el tiempo se repitieron las observaciones identificándose sus órbitas, pasos fundamentales para que la meticulosa Unión Astronómica Internacional confirmara su existencia. Algunos de ellos incluso fueron bautizados con nombres tomados de la mitología griega y romana, por fortuna lo suficientemente rica en protagonistas como para que éstos no se agotaran una vez acabados los principales. Pero nuestro satélite, quizás por desinterés quizás por olvido, continuó conociéndose tan sólo por sus siglas. Al fin y al cabo no dejaba de ser un minúsculo pedrusco sideral de apenas un kilómetro de tamaño, menor incluso que la mayoría de sus compañeros.

Hasta que un día un astrónomo más meticuloso que sus colegas descubrió que la órbita estimada no coincidía con la real y, apoyándose en nuevas observaciones, la recalculó a su posición correcta... llevándose una sorpresa mayúscula al comprobar que ésta difería por completo de las del resto de los satélites exteriores del sistema, agrupados en varias familias en función de sus parámetros orbitales.

Porque S/20xx J13, o mejor dicho su órbita, resultó ser singular no sólo en el sistema joviano, sino en la práctica totalidad del Sistema Solar. Con una inclinación de noventa grados sobre el ecuador de Júpiter, discurría de forma perpendicular éste pasando sobre los polos del gigante gaseoso.

Una desviación similar tan sólo se conocía en Urano, que al rotar con un ángulo de 98 grados presentaba también al Sol sus dos polos de forma alternativa a lo largo de su año de 84 terrestres; pero en ésta ocurría justo al contrario, ya que la inclinación correspondía al eje de rotación mientras el plano de la órbita apenas se desviaba de la eclíptica de forma similar al resto de los planetas incluido Júpiter, mientras en el caso de S/20xx J13 era su propia órbita la que formaba el ángulo recto, al tiempo que se desconocía todo lo referente a su rotación.

Esta anomalía llamó poderosamente la atención del astrónomo que la descubrió, el cual transmitió el interés a sus colegas. No era ésta la única peculiaridad del satélite, ya que la excentricidad orbital, es decir el achatamiento de la elipse, resultó tener un valor de 0,9, más del doble de la siguiente más elevada del sistema joviano y muy superior a las del resto de los satélites del Sistema Solar e incluso la de Plutón. Dicho con otras palabras, cuando se encontraba en el punto más alejado de la órbita su distancia a Júpiter era casi diez veces mayor que en el más cercano, oscilando entre un mínimo de tres millones de kilómetros y un máximo de alrededor de treinta, mucho más allá, aunque en una dirección diferente, que Kore, el minúsculo satélite exterior más alejado conocido hasta entonces.

Como cabe suponer, éstos se volcaron en el estudio de S/20xx J13. Partían de la suposición de que, dado lo anómalo de su órbita, posiblemente sería un cuerpo capturado por la gravedad de Júpiter. La primera hipótesis fue que se tratara de un asteroide, pero aquí volvían a encontrarse con el mismo problema: los 52 grados de inclinación orbital del asteroide con un valor más elevado de este parámetro, estaban muy lejos de los 90 de S/20xx J13, y aunque también se conocían algunos con movimiento retrógrado, éstos se desplazaban en sentido contrario pero con unos valores netos de inclinación orbital de magnitudes similares a las del resto.

Tampoco encajaba con los asteroides su extremado valor de excentricidad orbital, muy superior también al valor máximo de 0,35 de éstos. Para encontrar una magnitud similar había que ir hasta Sedna, un transneptuniano trece veces más alejado del Sol que Plutón con una excentricidad de 0,85 pero inclinación orbital de tan sólo 12 grados, por lo que resultaba poco probable que S/20xx J13 pudiera tener un origen similar, máxime teniendo en cuenta la enorme distancia que los separaba.

Descartados tanto los asteroides como los transneptunianos, y por supuesto los propios satélites de Júpiter, tan sólo cabía una posibilidad: que se tratara del núcleo de un cometa capturado por la atracción gravitatoria joviana, más concretamente de uno de largo período procedente de la Nube de Oort ya que, a diferencia de los de corto período formados en el Cinturón de Kuiper, los primeros podían penetrar en el Sistema Solar interior desde cualquier ángulo al ser la Nube de Oort esférica a diferencia del Cinturón de Kuiper, un disco plano coincidente de forma aproximada con el plano de la eclíptica.

Asumieron, pues, que S/20xx J13 sería un antiguo núcleo cometario que, por haber agotado sus materiales volátiles o bien por estar lo suficientemente alejado del Sol para que éstos no sublimaran formando las características cabellera y cola, se comportaba como cualquier otro satélite... o al menos, eso era lo que se suponía.

Lo cual le convertía en un interesante objeto de estudio ya que se encontraba a una distancia accesible para las sondas enviadas desde la Tierra; de hecho, el sistema joviano ya había sido visitado por las Pioneer 10 y 11, las Voyager 1 y 2, la Galileo, la Juno y la JUICE, junto con sobrevuelos de sondas con otros destinos que aprovechaban la asistencia

gravitatoria de Júpiter para cambiar de trayectoria. Con el añadido de que, a diferencia de los cometas libres, sería posible estudiarlo a conciencia sin el estorbo del material eyectado que tanto perjudicó a las sondas enviadas a estudiar al Halley y a otros de estos cuerpos, junto con que tampoco se les “escaparía” al estar férreamente atrapado por Júpiter.

Aunque, claro está, desarrollar un programa, conseguir presupuesto, construir la sonda y lanzarla hasta su destino, sumándole el tiempo requerido por el viaje, era algo que podía llevar bastantes años, demasiados para la impaciencia de los astrónomos. Por consiguiente decidieron empezar por lo más sencillo, la continuación de los estudios telescópicos ahora que sabían donde mirar, tropezando con el inconveniente insoluble de que incluso con los más potentes telescopios, tanto los terrestres como los espaciales, el escurridizo S/20xx J13 aparecía como un simple punto luminoso carente del menor detalle.

Optaron entonces por una revisión exhaustiva de la totalidad del material gráfico disponible enviado por las antiguas sondas. Partían de la base de que si nadie había encontrado antes a S/20xx J13 era porque nadie esperaba que estuviera allí, y ciertamente descubrirlo había sido fruto de la casualidad gracias a que justo en ese momento cruzaba por la eclíptica; no era disparatado, pues, suponer que su imagen pudiera haber sido recogida por las cámaras de alguna de estas sondas sin que quienes analizaron las fotografías en su momento se percataran de su existencia.

No era algo disparatado. Urano ya había sido observado en numerosas ocasiones con anterioridad a que Herschel anunciara su descubrimiento en 1781, pero nadie había sido consciente de su verdadera naturaleza tomándolo por una débil estrella al borde del límite visual, llegándose incluso a catalogarlo como tal. Lo mismo ocurrió con Neptuno, a quien el mismísimo Galileo también confundió con una estrella.

Lamentablemente las sondas enviadas a Júpiter habían prestado muy poca atención a su poco *glamuroso* sistema de satélites exteriores, centrándose en el estudio del propio planeta y de sus cuatro satélites principales. Pero quizás la flauta sonara por casualidad...

Y sonó, para júbilo de todos. Fue la Galileo la que había captado inadvertidamente al escurridizo satélite en un momento en el que éste pasaba, conforme al ángulo de enfoque de la sonda, por las cercanías de Calixto, aunque en realidad discurría bastante por detrás de él. La fotografía no era gran cosa dado que ni había sido éste el propósito de los programadores ni el equipo óptico de la Galileo estaba diseñado para captar un objeto tan pequeño situado a tanta distancia, pero en cualquier caso resultó suficiente, una vez tratada ésta con procesadores de imágenes, para obtener una imagen del escurridizo satélite con mayor resolución de la que se podía obtener con los telescopios.

Lo suficiente para descubrir que S/20xx J13 era aparentemente una esfera perfecta.

Esta nueva anomalía tenía mucha más relevancia que las anteriores. Según los modelos teóricos manejados por los astrofísicos, para que un cuerpo celeste adoptara una forma esférica -en realidad algo achatada a causa de la rotación- debía tener suficiente masa para que, durante su proceso de formación, ésta se fundiera por efecto de su propia atracción gravitatoria, moldeándose de forma esférica al tiempo que se producía una segregación en función de la densidad que acababa formando varias capas concéntricas, con los materiales más densos en el núcleo y los menos densos constituyendo la corteza. Y aunque el tamaño mínimo necesario para la esfericidad podía variar dependiendo de la masa del cuerpo y de su composición interna, éste oscilaba entre los 400 y 600 kilómetros de diámetro.

Este límite teórico concordaba con las observaciones astronómicas, de manera que mientras Miranda, un satélite de Urano, de 470 kilómetros de diámetro, o Mimas, de Saturno con unos 400, eran prácticamente esféricos, Proteo, perteneciente a Neptuno y aproximadamente de su mismo tamaño, tan sólo presentaba una forma toscamente pseudoesférica. Algo similar ocurría con el planeta enano Ceres, que rebasaba los 900 kilómetros de diámetro, y los asteroides de mayor tamaño, los únicos capaces de adoptar una forma esférica o cuasiesférica: Palas, Vesta e Hígiea, los tres en el entorno de los 400-500.

Pero el tamaño de S/20xx J13 era varios cientos de veces inferior, por lo que debería haber presentado una forma irregular similar a la de los satélites menores y la inmensa mayoría de los asteroides del Sistema Solar. No era lógica, en modo alguno, una forma tan perfecta para un cuerpo tan minúsculo.

¿Se debería a un error en el tratamiento digital de las imágenes? La mayoría, por no decir la totalidad de los miembros del equipo eran de esa opinión y, aunque tampoco se trataba de una cuestión fundamental ya que se desconocía la forma exacta de la mayor parte de la “calderilla” del Sistema Solar, éstos no dieron su brazo a torcer procediendo a buscar más imágenes del discolorado satélite, tanto en fotografías antiguas como mediante nuevas observaciones telescópicas utilizando las más sofisticadas técnicas de interferometría de luz visible e infrarroja. Los resultados fueron fructíferos en ambos casos, dando un conjunto de fotografías de S/20xx J13 con mayor resolución que las anteriores, incluyendo la de la Galileo... en todas la cuales éste se empeñaba en seguir siendo esférico.

Cuando en mitad de un encendido debate el director del proyecto expresó su opinión de que tal forma era imposible en un cuerpo de tamaño tan reducido, uno de sus colegas apostilló que eso era cierto en el caso de un cuerpo de origen natural, dejando interrumpida intencionadamente la frase. Al ser preguntado a qué se refería, éste respondió cachazudo que el primer Sputnik apenas medía sesenta centímetros de diámetro, pese a lo cual era esférico. Un silencio sepulcral invadió la sala, seguido por una algarabía de gritos y discusiones.

Los científicos en general, y los astrónomos en particular, suelen ser poco dados al magufismo, por más que bastantes de ellos sean aficionados a la ciencia ficción; pero una cosa es disfrutar leyendo obras de este género, y otra muy distinta tomarse en serio sus argumentos. Porque lo que estaba implícito en la afirmación -no quedó claro si su promotor hablaba en serio o no- era la posible naturaleza artificial, y por lo tanto de origen extraterrestre, del peculiar satélite joviano.

Tras una ardua deliberación la reunión se cerró con dos únicos acuerdos: la solicitud de una misión espacial no tripulada destinada a estudiar de cerca a S/20xx J13, y la conveniencia de guardar silencio en prevención de que la noticia saltara a los medios de comunicación y fuera aprovechada y probablemente distorsionada por unos periodistas ávidos de titulares que llamaran la atención.

Por desgracia, ambas iniciativas fracasaron. Como era de temer la propuesta de una misión espacial se estrelló de lleno con la burocracia, la cual además de exigir todo tipo de documentación posible e imposible, la puso a la cola de las muchas que estaban a la espera de recibir el visto bueno tanto de los comités científicos correspondientes, como de los auditores que deberían autorizar su financiación. Con lo cual, y aun en el mejor de los casos, habrían de pasar muchos años antes de que, en caso de ser aprobada, la sonda pudiera llegar a su destino.

Con la recomendación de tampoco hubo suerte; en el tortuoso camino que tuvo que salvar la solicitud ésta pasó inevitablemente frene a ojos curiosos cuyos propietarios se apresuraron a filtrarla a quienes estaban dispuestos a sacarle rendimiento, tanto periodístico como económico, fuera como fuera. En consecuencia, no tardó en circular por los distintos medios de información la noticia del descubrimiento de un gigantesco -a escala astronáutica, no astronómica- vehículo extraterrestre orbitando en torno a Júpiter.

El malestar entre los integrantes del proyecto fue palpable, máxime cuando los presuntos -y a veces ni siquiera eso- divulgadores científicos cogieron el rábano por las hojas montando todo tipo de especulaciones magufescas acerca del origen del satélite, al tiempo que ponían en boca de los astrónomos palabras y suposiciones que éstos jamás habrían pronunciado, siguiendo la estela de la cínica frase atribuida a Randolph Hearts: *“No dejes que la realidad te estropee un buen titular”*.

Sin embargo, a la larga esta manipulación informativa acabaría redundando en beneficios para el proyecto; la más que prevista denegación de una misión espacial propia, y sobre todo rápida, se solapó con una intensa campaña de prensa a favor de la investigación de lo que tenía muchos indicios de ser -una certeza absoluta para muchos- un objeto de procedencia extraterrestre. Y, lo que no lograron los científicos, lo lograría la opinión pública por poco informada y sesgada que fuera. Al fin y al cabo los votos eran los votos, algo que los políticos siempre han tenido muy en cuenta.

Fruto inesperado de la iniciativa popular fue el bautismo de S/20xx J13, al que cautamente la UAI había dejado con su nombre provisional amparándose oficialmente en precedentes anteriores, aunque había más que sospechas de que su reluctancia se debía en realidad a que las reglas establecidas estaban pensadas para cuerpos celestes de origen natural; y por supuesto, cualquier astrónomo se hubiera dejado desollar cual nuevo san Bartolomé antes de aceptar en público que podría tratarse de algo llegado de las estrellas. Así pues se habría echado discretamente tierra al asunto desde el lado científico, algo que no ocurrió desde el otro.

En realidad el nombre del Señor de los Infiernos no surgió de la imaginación de ningún periodista ansioso de protagonismo, sino de una oscura secta que comenzó a pregonar que el aparentemente inofensivo astro era en realidad un enviado de Satán cuyo fin no sería otro que el de engañar a la humanidad, tal como otrora lo hiciera con Adán y Eva, para arrastrarla al pecado y al castigo eterno. Y aunque prácticamente nadie con un mínimo de sensatez se tomó en serio semejante anatema apocalíptico, el nombre cayó en gracia comenzándose a denominarlo con este apelativo diabólico prescindiendo de su presunta condición de mensajero, no evidentemente de forma oficial -ni siquiera cumplía la norma aplicada a los satélites de Júpiter de pertenecer a la mitología grecorromana- pero sí popular. Y como Satán se quedó fuera de los ámbitos astronómicos, gustara o no en éstos.

Pero la cuestión del nombre no era lo que más preocupaba a los científicos, sino la posibilidad de investigarlo de cerca. Finalmente los políticos pergeñaron un compromiso, o si se prefiere un pasteleo, que satisfacía parcialmente los deseos de los astrónomos. Daba la circunstancia de que en esos momentos se encontraba en el espacio la sonda Uranus Explorer, la cual aprovecharía la asistencia gravitatoria de Júpiter para acelerar y modificar su trayectoria hacia Urano, donde estudiaría este planeta y su cohorte de satélites. Apenas faltaba un año para que ésta alcanzara el sistema joviano, por lo que se podría aprovechar su tránsito por él para fotografiar con mayor detalle al escurridizo satélite.

La música sonaba bien, al menos para los profanos y por supuesto para los satisfechos políticos, pero la letra era una cuestión diferente. Bastó hacer un cálculo de la trayectoria de la Uranus Explorer para constatar que ésta no pasaría mucho más cerca de S/20xx J13 -o Satán- de lo que lo había hecho la Galileo, por lo cual, aunque sus instrumentos eran más sensibles dado que en el entorno de Urano se tendría que desenvolver con mucha menos luz que en Júpiter, las estimaciones realizadas no fueron demasiado satisfactorias.

La respuesta política fue la sugerencia de modificar la trayectoria de la sonda para que ésta se pudiera aproximar algo más a su objetivo, lo cual desató la ira de los responsables del proyecto original dado que esto supondría un mayor gasto de combustible, necesario para las maniobras, algo fundamental para la misión dado que una vez agotado era irremplazable, así como también un retraso en su llegada a Urano.

Tampoco convencía demasiado a los *satanólogos*, como fueron bautizados por un periodista con ínfulas de gracioso, ya que lo que ellos hubieran deseado era una misión específica que permitiera estudiar a fondo al satélite, y no un fugaz vistazo antes de que la sonda prestada lo dejara atrás en busca de su verdadero destino. No obstante, se comprobó que si bien resultaba posible, y asumible para la misión original de la sonda, la pequeña modificación sugerida, no ocurría lo mismo con la propuesta de acoplar su trayectoria con la endiablada órbita -aquí le cuadraba el apelativo- de Satán, ya que al ser ésta perpendicular al plano de la eclíptica por el que discurría la Uranus Explorer se hubiera requerido un programa de lanzamiento completamente distinto para poder realizar ese complejo juego de billar cósmico.

Así pues ambas partes tuvieron que conformarse con esta solución salomónica, evitándose lo que hubiera podido llegar a convertirse en la primera guerra astronómica de la historia, no por incruenta menos perjudicial para los tutelados por la musa Urania. De esta manera, los responsables de la misión Uranus Explorer se resignaron a aceptar el retraso y probablemente el acortamiento de la vida útil de la sonda, y los *satanólogos* tascaron el freno de su impaciencia preparándose para esperar el eterno año que faltaba para la llegada de la sonda a Júpiter, aunque aprovecharon este tiempo para programar la batería de estudios que proyectaban hacer durante el breve lapso de tiempo que tendrían Satán a tiro.

Por fortuna la Uranus Explorer contaba con un completo arsenal de instrumentos de todo tipo, aunque las deliberaciones entre ambos equipos para que sus propietarios permitieran a los *satanólogos* su control directo mientras tuviera lugar el tránsito, en lugar de limitarse a remitirles sus peticiones sin que nadie ajeno metiera las narices en su sonda -era de sobra conocido el carácter quisquilloso de los científicos-, dejaron pequeñas las más arduas negociaciones de paz de las que se tiene constancia histórica. Pero como donde hay patrón no manda marinero, y quien financiaba el proyecto era la agencia espacial estatal, ambas partes tuvieron que plegarse al armisticio establecido conforme a las cláusulas impuestas por los de Muy Arriba. Estaba en juego el prestigio de la nación, así que nada de piques ni tonterías.

Pasó el tiempo, más lentamente de lo que todos deseaban, aunque no por ello estuvieron ociosos. Por un lado, y de forma discreta para evitar testigos molestos, alguien propuso imitar a los proyectos Ozma y SETI enfocando varios radiotelescopios al satélite con los que se procedería a enviar todo tipo de información en diversas longitudes de onda al tiempo que se estaría a la espera de recibir una hipotética respuesta. Esta iniciativa, pese a suponer un reconocimiento tácito de la posible condición extrasolar de Satán, contaba con la ventaja de estar avalada por sus respetables predecesores, ambos aceptados en su momento por la comunidad científica. Además tampoco interferiría en la marcha del programa principal, con lo cual nada se perdía por intentarlo.

Se intentó, pues, pese a que la tarea no resultaba fácil a causa de las interferencias producidas por la fuerte emisión radioeléctrica del propio Júpiter, pudiéndose trabajar sólo en longitudes de onda “limpias”; aunque sólo para constatar que, pese a todos los esfuerzos, Satán se empeñaba en permanecer obstinadamente mudo.

Paralelamente el *Proyecto para el estudio y exploración del objeto celeste S/20xx J13* - los astrónomos seguían negándose en redondo a aplicarle un nombre, y a los políticos les encantaban los títulos largos- iba madurando, al tiempo que la Uranus Explorer se apeoximaba a su primer y fugaz destino. Cuando llegó el momento las maniobras necesarias para el delicado paso de baile se ejecutaron con total precisión y la sonda comenzó a acercarse al satélite.

Cuando las primeras fotografías de S/20xx J13 alias Satán llegaron a la Tierra la expectación era máxima, aunque las primeras fotografías -según esperaban los astrónomos, pero no el público en general- fueron decepcionantes, ya que su resolución no era mejor que la de las ya conocidas. No obstante éste era sólo el principio, y su misión no era otra que la de calibrar correctamente las cámaras y los sensores a la espera de una mayor aproximación. Circunstancia vital, puesto que no tendrían ocasión de repetirlo si fallaban en el primer intento.

Pero no fallaron. Poco a poco fueron mejorando los registros revelando la verdadera forma del satélite: una esfera perfecta -otra sorpresa, puesto que ningún astro, ni siquiera los mayores planetas, lo eran- de unos 850 metros de diámetro, un tamaño algo inferior al calculado previamente, pero no obstante considerable dadas las circunstancias. Porque de lo que ya no cabía la menor duda era que no podía tratarse de un objeto de origen natural.

La superficie de Satán, según se pudo comprobar, era lisa como la palma de la mano sin que el más insignificante cráter o cualquier otro accidente orográfico perturbaran su tersura. De color uniforme -un gris ceniza desvaído- y levemente brillante, aunque fuertemente cromático en el ultravioleta cercano, su superficie no presentaba el menor rasgo identificativo.

Y para decepción de los defensores de su origen extraterrestre, como apuntó acertadamente alguien, también carecía por completo de troneras, esclusas, motores, antenas y todo lo esperado en un vehículo espacial. Era tan sólo una bola pulida que a lo que más se parecía era a una vulgar bola de billar que rotaba sobre su eje -otra sorpresa más- a la endiablada velocidad de una vuelta completa en apenas unos segundos.

Poco más era lo que se pudo averiguar durante el breve período de tiempo en el que Satán estuvo al alcance de los sensores de la sonda pese a que éstos funcionaron a pleno rendimiento, y lo poco que registraron resultó ser todavía más desconcertante. El satélite era completamente opaco a los sondeos en cualquier longitud de onda, y tampoco las reflejaba salvo en una estrecha ventana en el visible y el ultravioleta cercano.

El sensible espectrómetro de la sonda sí registró su espectro de emisión con el que los científicos intentaron analizar la naturaleza de la superficie del satélite sin el menor resultado, puesto que los registros obtenidos no se parecían lo más mínimo a ninguno de los materiales conocidos por la ciencia, pudiéndose sacar en claro tan sólo que tanto su composición química como su estructura cristalina o molecular -ni siquiera estaban seguros de esto- eran extremadamente complejas.

De haber contado la Uranus Explorer con equipos de espectroscopía de absorción atómica o de rayos X podría haberse intentado determinar al menos qué elementos químicos estaban presentes, pero la sonda no estaba preparada para ello. Así pues, ésta siguió su camino en busca de Urano dejando tras de sí muchas más incógnitas y muy pocos datos concretos.

Habría que esperar hasta que una nueva sonda específicamente diseñada y equipada con el instrumental científico necesario pudiera realizar esta labor. Y si bien los responsables de la agencia espacial, apoyados ahora por el propio gobierno, se mostraron dispuestos a construirla dándole prioridad sobre otros proyectos en marcha, tendrían que pasar todavía bastantes años para que a S/20xx J13, conocido popularmente como Satán, pudieran arrancárseles sus tan celosamente guardados secretos.

* * *

Miles de años atrás, en una región del espacio situada a varios años luz de distancia de la Tierra en dirección al polo norte de la eclíptica. Un telescopio enfocado hacia ese lugar tan sólo hubiera revelado la existencia de una insignificante enana roja que ni siquiera contaba con nombre propio y sólo conocida por una larga y aséptica lista de cifras registradas en un catálogo estelar.

Pero allí existía algo más, un recinto que podríamos denominar deportivo o de ocio, donde diversas razas estelares acudían a divertirse o a entretenerse. Razas a las que ni la más calenturienta imaginación de los escritores de ciencia ficción hubiera podido pergeñar.

Y en una de sus instalaciones se encontraba el llamaremos director del complejo recriminando ásperamente a uno de los socios, abonado a un ¿deporte? cuya descripción más aproximada, dentro de los estrechos límites de nuestro idioma, sería considerarlo una mezcla de golf, billar, bolos, tiro al blanco, esquí y ajedrez, junto con unas cuantas disciplinas más imposibles por completo de explicar.

-Lamento comunicarle que la junta directiva ha decidido su expulsión inmediata, por lo cual le ruego que nos devuelva las credenciales y recoja el saldo pendiente de su cuenta.

-¿Por qué razón? Tampoco fue para tanto -respondió el aludido, un gigantesco ser según los parámetros humanos cuya morfología resultaría prácticamente imposible describir.

-¿Que no fue para tanto? Existen unas normas de seguridad muy estrictas para el uso de las instalaciones que usted vulneró deliberadamente. Y dé gracias a que por fortuna no hubo consecuencias graves fuera del complejo, porque en este caso usted sería el único responsable.

-Total, porque se me escapara una pelota...

-Da la casualidad de que esa pelota, a la que usted impartió un impulso desproporcionado haciendo caso omiso a las normas de seguridad, simplemente por alardear de que era capaz de mandarla más lejos que su rival, salió fuera del recinto de juego y fue a parar a la vecina reserva ecológica de Xvr@17#pwinn, donde sólo gracias al azar no causó destrozos irreparables en uno de sus hábitats protegidos gracias a que entró en órbita de un gigante gaseoso en lugar de impactar contra él u otro de los planetas de ese sistema. Evidentemente cargaremos a su cuenta el importe de la pelota perdida o, en su caso, el coste de recuperarla si así lo requirieran las autoridades del parque.

-¡Yo no tengo la culpa de que no funcionaran los deflectores!

-Los deflectores de la pista funcionaban perfectamente, pero en ese momento estaban desconectados ya que se estaban realizando unas tareas de mantenimiento periódicas. Esta interrupción estaba señalizada convenientemente, y la pista había sido cerrada de forma temporal por esta causa. Usted hizo caso omiso de todas estas advertencias, entró irregularmente en la pista saltándose todos los controles y por si fuera poco se propuso demostrar que era más &#grsd1* (intraducible) que nadie. Ahí están las consecuencias.

-Bueno, si el problema es ése -porfió el aludido- me comprometo a pagar todos los gastos, por dinero no va a quedar; pero sigo sin entender por qué me tienen que expulsar.

-No es tan sencillo como usted cree. Hace unos dieciséis mil grprp (N. del T.: alrededor de 66 millones de años terrestres) se produjo un caso similar por culpa de otra negligencia grave de un socio. Por desgracia en esta ocasión la pelota impactó contra un planeta de la reserva, casualmente del mismo sistema a donde fue a parar la suya, provocando una extinción masiva que a poco no acabó con la totalidad de la vida del mismo. Esto nos acarreó innumerables quebraderos de vψb47\$ (intraducible), estando a punto de que nos retiraran la licencia y nos clausuraran el complejo. Por supuesto el causante del destrozo fue inmediatamente expulsado y tuvo que cargar con los costes de la regeneración biológica del planeta, que no fueron pocos, además de la correspondiente condena. Pero pese a no tener culpa nosotros tampoco salimos bien librados, ya que se nos obligó a instalar un sistema deflector homologado sin concedernos prórroga alguna y se nos impuso una considerable multa por no disponer de él, algo que no era obligatorio cuando se construyó el complejo, pese a la vecindad con la reserva.

-Yo no sabía...

-Esto no le exime en absoluto de responsabilidad, puesto que las advertencias eran claras y usted las ignoró deliberadamente. En lo que a nosotros respecta, y salvo que nos viéramos perjudicados de algún modo por su culpa, ante lo cual adoptaríamos las medidas legales pertinentes en defensa de nuestros intereses, nuestra vinculación ha terminado por completo. Recoja sus cosas, devuelva la credencial y no vuelva a aparecer por aquí. En caso de necesidad se pondrán en contacto con usted nuestros abogados. Buenas ¿'&|°gñp (intraducible).

ENCUENTRO ¿EN LA TERCERA FASE?

Cerebruno González nunca había creído en ovnis, extraterrestres o cualquier otra variante magufa aunque, eso sí, había leído historias al respecto más por curiosidad que por verdadero interés. Y por supuesto, nunca se había planteado que pudiera llegar a ser protagonista de un encuentro en la tercera fase.

Así pues, conducía relajado por una carretera comarcal camino a su destino, un tranquilo pueblo en el que solía refugiarse siempre que podía huyendo del infernal fragor de la ciudad. Era de noche, puesto que había salido tarde del trabajo e intentaba aprovechar al máximo la escapada; pero no le importaba puesto que el tráfico era casi inexistente y la bóveda celeste tachonada de estrellas, todavía más al no haber luna, siempre le resultaba un placentero espectáculo imposible de disfrutar en esas colmenas en las que nos hemos empeñado en vivir de forma tan artificial. Y aunque no tenía grandes conocimientos de astronomía ni era capaz de identificar las estrellas y las constelaciones salvo en casos muy puntuales, disfrutaba contemplándolas.

Con lo que no contaba era con el fugaz destello que le adelantó llegando desde atrás cuando enfilaba una larga recta. Al principio pensó que se trataría de una estrella fugaz, pero estos fenómenos celestes no se desplazan en horizontal ni lo hacen a baja altura, ni mucho menos se detienen bruscamente delante de ti compitiendo en luminosidad con las estrellas más brillantes del firmamento.

Cerebruno se sorprendió, pero estuvo lejos de asustarse.

-“Será un avión o un helicóptero” -pensó, corrigiéndose inmediatamente ya que los aviones no se detienen de repente manteniéndose inmóviles en el cielo y los helicópteros no vuelan en silencio, mientras la enigmática luz no emitía el menor sonido.

Y cuando la luz comenzó a descender hasta posarse en la carretera, fue consciente de que se trataba de algo muy diferente y sospechosamente parecido a aquello que siempre había desdeñado por considerarlo invenciones de gente con afán de protagonismo o bien con un tornillo flojo en la cabeza.

En consecuencia, un sudor frío comenzó a correrle por el cuerpo pese a que era pleno invierno.

La luz seguía brillando frente a él a unos centenares de metros de distancia, por lo cual llegaría a ella en apenas unos segundos si mantenía la velocidad... cosa que no hizo, pisando el freno con la intención de parar el coche y dar la vuelta largándose de allí a toda velocidad.

Pero no pudo hacerlo, al menos lo segundo. Porque si bien el coche se detuvo, también lo hizo el motor e incluso los faros se apagaron. Estaba inerte, por lo que lo único que podía hacer era abrir la puerta y salir corriendo... lo cual tampoco resultó posible dado que sus músculos se negaron obstinadamente a obedecerle.

En rápida sucesión la sorpresa dio paso al miedo, y éste al pánico. Con el cuerpo paralizado pero plenamente lúcido, Cerebruno vio como la luz se acercaba a él, o el coche a ella, no estaba seguro, creciendo de tamaño hasta adoptar la forma discoidal característica de tantos avistamientos de ovnis. Y, pasa su sorpresa, la parte analítica de su cerebro se dedicó a calcular su tamaño comparándolo con el ancho de la carretera, unos doce o quince metros de borde a borde y alrededor de cuatro o cinco de alto en la zona central.

Algo debió hacer clic en su mente, puesto que al pánico dio paso una calma que poco tenía de natural. Cerebruno era consciente de dos cosas: primero que era protagonista de un encuentro en la tercera fase de manual, y segundo, aunque esto no parecía ser de su cosecha, que no debía temer a los visitantes.

En cualquier caso, poco podía hacer por evitarlo. Cuando el ovni -o lo que fuera- y el coche estuvieron apenas a diez metros de distancia, éste -o aquél- se detuvo. Fue entonces cuando se apagó la luz, abriéndose una esclusa en la cara inferior que se convirtió en una rampa clavadita a las que había visto en tantas películas de serie B o de cualquier otra letra posterior del alfabeto.

Por ella descendieron dos seres de los que por quedar a contraluz, puesto que el interior del platillo volante estaba iluminado, tan sólo podía apreciar vagamente las siluetas, al parecer humanoides aunque con unas proporciones difícilmente compatibles con las humanas. Y se dirigieron a él sin que, paralizado como estaba, pudiera hacer nada para impedirlo.

Al llegar al morro del coche cada uno torció hacia un lado, parándose ambos a la altura de las puertas delanteras. Entonces pudo verlos mejor pesa a que la luz que emanaba del interior del ovni apenas los iluminaba; y aunque poseían una cabeza, bastante grande por cierto, un cuerpo escuálido, dos largos y delgados brazos y otras dos piernas tirando a esmirriadas, efectivamente no eran humanos. De hecho, se parecían mucho a los alienígenas imaginados por los escritores y guionistas de ciencia ficción.

Aparentemente iban sin escafandras de ningún tipo, lo que indicaba que la atmósfera terrestre debía ser similar a la de su planeta de origen, y vestían algo parecido a un mono de color indefinido que les cubría la totalidad del cuerpo de cabeza para abajo. No parecían peligrosos, le dijo algún rincón de su mente, sino más bien ridículos. Pero era evidente que algo querían de él.

El ser que se había situado al lado de la puerta del conductor acercó su fea cara al cristal y entonces le habló. Bueno, hablar no era el término correcto, ya que ni su boca se abrió ni los oídos de Cerebruno recogieron el menor sonido. Pero él recibió el mensaje y además en español o al menos así le pareció, lo que le indujo a pensar -ser aficionado a la ciencia ficción tiene sus ventajas- que se trataba de un mensaje telepático.

-“En efecto, nativo de este planeta -al parecer la telepatía funcionaba en los dos sentidos y habían sido capaces de leer sus pensamientos-, me estoy comunicando contigo de mente a mente, lo que evita la necesidad de un aparato traductor que no siempre funciona bien cuando se encuentra frente a un idioma desconocido, como es el caso. Así resulta más sencillo”.

-¿Qué queréis de mí? -preguntó Cerebruno sin caer en la cuenta de que el alienígena, tal como acababa de decir, no entendería el español; pero al mismo tiempo debió pensarlo, puesto que éste le respondió.

-“No tienes por qué temer nada de nosotros; venimos en son de paz y no te haremos el menor daño. Tan sólo deseamos información. Y no tienes por qué emitir sonidos, basta con que pienses lo que quieras decir y nosotros te entenderemos”.

Hubo una pausa y otra “voz”, probablemente la del alienígena del otro lado, dijo a su vez:

-“Somos viajeros y por circunstancias que no es necesario explicar perdimos la señal del Sistema de Posicionamiento Galáctico al desviarnos accidentalmente de nuestra ruta internándonos en una sección sin cobertura que todavía no está cartografiada. Por si fuera poco una tormenta neutrónica alteró las mediciones de la galactobrújula, por lo cual acabamos perdidos. Buscando alguna referencia que nos permitiera orientarnos llegamos a este sistema solar y, viendo que contaba con un planeta habitado, decidimos posarnos en él en busca de ayuda”.

Iba a responder Cerebruno que no tenía ni pajolera idea de viajes por la galaxia, y que lo más lejos que había ido en su vida había sido a Canarias, cuando el primero de ellos continuó:

-“Sabemos que nos encontramos en un sector atrasado de la galaxia en el que todavía no se conocen los viajes interestelares, pero no necesitamos ayuda técnica dado que los motores de nuestra nave funcionan perfectamente. Lo único que deseamos es conocer el rumbo que deberíamos tomar para llegar desde aquí a la galactorruta 66. Sabemos que no está demasiado lejos, apenas a unos diez (incomprensible) de distancia, pero desconocemos hacia donde deberíamos dirigirnos. ¿Serías tan amable de comunicárnoslo?”

-“Te lo dije, Xprrr, estos seres son demasiado primitivos para entendernos -le reprochó su compañero ¿o compañera? ante el silencio mental del confundido Cerebruno-.

Descender al planeta ha sido tiempo perdido. He sondeado su mente y resulta que apenas han logrado llegar hasta su satélite y, mediante naves robotizadas, a unos cuantos cuerpos de su sistema. Ni siquiera he logrado encontrar alguna referencia estelar que pudiera servirnos de ayuda. Tendremos que apañárnoslas nosotros solos, y mira que te dije antes de salir de casa que actualizaras el mapa galáctico”.

-“Está bien, terrestre -añadió el primero aplicando correctamente el gentilicio que con toda probabilidad había leído en su mente-. Lamentamos profundamente haberte perturbado, por lo cual te solicitamos disculpas. Visto que no puedes ayudarnos en nuestra labor, nos despedimos cordialmente de ti y agradecemos tu buena voluntad”.

Dicho -o *telepatiado*- lo cual, ambos seres volvieron a su vehículo y, tras introducirse en él, se marcharon de allí de una forma tan fugaz como habían llegado.

En lo que respecta a Cerebruno, éste tardó todavía algún tiempo en percatarse de que:
a) Los alienígenas se habían ido. b) El motor y las luces del coche volvían a funcionar. c) Había desaparecido la parálisis que le mantuviera inmóvil. d) Había sido objeto de un encuentro en la tercera fase un tanto heterodoxo conforme a la literatura existente sobre el tema, pero no por ello menos real. e) Convendría, no fueran a cambiar de opinión, largarse de allí lo antes posible. Y f) Por si acaso, sería mejor no contárselo a nadie.

Así pues, minutos después reanudaba su interrumpido viaje haciéndosele los dedos huéspedes para llegar lo antes posible a su destino. Por suerte para él, la DGT no tenía instalados radares en esa carretera.